La hija de Jano

DE

José Antonio Giménez-Arnau

COLECCION TEATRO Nº 122

LA HIJA DE JANO

LA HIJA DE JANO

COMEDIA EN TRES ACTOS

subdivididos en ocho cuadros, adaptación de la novela del mismo título original de

J. A. GIMENEZ-ARNAU

EDICIONES

ALFIL

COLECCION
TEATRO

DIRECTOR
MANUEL BENITEZ SANCHEZ-CORTES

122

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Un salón en una casa de campo en las afueras de Chicago. Solidez en los muebles. Buen gusto, que recuerda que el propietario es en la ciudad dueño de una tienda de antigüedades. En escena ALICIA y JACK MORELLI —hombre de apenas cuarenta años, bien parecido— practican una lección de robo. Caminando en dirección opuesta, se hacen los encontradizos y simulan un diálogo como si estuviesen en la calle o en una aglomeración de gente cualquiera.

MORELLI.—Bueno, vamos a probar otra vez.

ALICIA.—Usted perdone.

MORELLI.—¡Por Dios, señorita, no hay de qué! *(Separándose de ella.)* Muy bien, ahora no he notado absolutamente nada.

ALICIA.—Naturalmente. ¿Qué es lo que querías notar?

MORELLI.—Mujer, la presión de tu mano en la cartera.

ALICIA.—Es que no te robé la cartera.

MORELLI.—*(Comprobando que no la ha tocado.)* ¡Ya me parecía a mí!

ALICIA.—Me limité a quitarte los documentos que llevabas en el bolsillo de fuera.

MORELLI.—*(Metiéndose la mano en el bolsillo aludido.)* ¡Demonio! ¿Sabes que estás adelantando?

ALICIA.—Eso él lo dirá. Espera, que viene.

MORELLI.—Por el amor de Dios, no le digas que soy yo quien te enseña. Me da la impresión de que no le va a gustar.

ALICIA.—Calla, aquí está.

(Entra BERNARDO *y* ALICIA *corre a abrazarle.)*

BERNARDO.—¿Qué hay, hija, cómo estás? *(No ha terminado de hablar, cuando nota la mano de* ALICIA *en su cartera y, con fuerza, atenaza su muñeca y la mira duramente a los ojos.)* Mal maestro tuviste. Nunca el bolsillo interior de la derecha con la mano izquierda. La presión de tu mano, comprendes, indicaría a cualquier persona, por ingenua que fuese, que alguien le está robando la cartera.

ALICIA.—*(Desmoralizada.)* Era una broma.

BERNARDO.—*(A* MORELLI.) Una broma que, como se repita, le va a costar caro a alguien. ¿Me entiendes, Morelli? ¿Es que no te has dado cuenta de que ésta es distinta?

MORELLI.—Era todo una broma.

BERNARDO.—Esas bromas no se repetirán más. ¿Estamos de acuerdo?

MORELLI.—Estamos de acuerdo.

BERNARDO.—Puedes irte. *(Váse* MORELLI *y* ALICIA, *desconcertada, se sienta.* BERNARDO *pasea nervioso.)* Era fatal que un día tuviese que hablar claro. Has ido creciendo y has tenido que darte cuenta

de las cosas extrañas que ocurrían en esta casa. Yo eludía una explicación pensando estúpidamente que, a pesar del ambiente, tú pudieses permanecer intacta. Después de lo que acabo de ver, necesito contarlo todo. Supongo que hoy me entenderás.

ALICIA.—Padrino, todo fué una broma, te lo aseguro.

BERNARDO.—¡Calla! Yo no nací ladrón, Alicia. No soy persona que haya llegado a esto por vocación torcida. Era un hombre más que normal. Hijo de un médico acomodado, empecé a seguir el mismo rumbo que mi padre. Era un buen estudiante y un hombre que sabía perfectamente la diferencia que hay entre el bien y el mal, entre lo legal y lo que está fuera de la Ley. Un buen día, un día de esos que parecen al levantarse igual que los otros y, sin embargo, cambian el rumbo de una vida, llegué al hospital. Todo fué como siempre: la lección, la visita a la clínica, el quirófano. De pronto se nos acercó un hombre con una niña en brazos. Nos pedía que sacáramos una aguja que se había introducido en la mano de la niña. La llevé al quirófano. La zona era dolorosa y la anestesia local no inmovilizaba a aquella criatura que, nerviosísima, impedía operar al cirujano. Por fin éste se decidió: "Déle un poco de cloroformo", me dijo. Obedecí... *(El recuerdo le vence y por unos instantes queda silencioso.)* Apenas había aplicado unas gotas, cuando se produjo el colapso. Luchamos como locos, pusimos inyecciones, practicamos la respiración artificial..., todo

inútil. Dos horas después tuvimos que rendirnos ante lo inevitable.

ALICIA.—¿Muerta?

BERNARDO.—Sí. Muerta aquella niña, que poco antes estaba perfecta y absolutamente sana. Como un autómata la tomé en mis brazos y la saqué fuera. El padre comprendió apenas me vió y por unos segundos quedó paralizado. Luego reaccionó con una violencia terrible. Me llamó asesino, me golpeó, sin que yo hiciera el más leve gesto para impedirlo. Unos enfermeros le sujetaron y poco después me encontré en la calle. Llevaba clavada en los ojos la cara de aquella niña que acababa de matar. No se me ocurrió, para borrarla, mejor cosa que beber. Ignoro cuánto tiempo estuve así. Pero no conseguí nada y cuando, no sé cuántos días más tarde, volví a casa, la impresión estaba tan fresca como el primer día. Mi padre, también médico, trató de calmarme con razones de tipo profesional. Que no tenía ninguna responsabilidad, que esto ocurría una vez cada diez mil, que el médico necesita tener el corazón duro ante estos accidentes, ¡que sé yo! Le dejé hablar y luego, de un modo concreto, le anuncié que no seguiría estudiando. Montó en cólera y me amenazó con echarme de casa. Me encogí de hombros y me encontré solo. Seguí bebiendo. No recuerdo qué fué de mí en aquellos meses. Sólo que fuí bajando y bajando peldaños en la dignidad humana, hasta que tropecé en un tabernucho con una mujer que se compadeció de mí. Se propuso desintoxicarme y lo fué logrando paulatinamente, mientras

que, poco a poco, me asociaba a su profesión. Ella robaba en los cafés cantantes y me daba luego a mí lo robado para que lo sacase. Un día fué detenida y no se pensó en buscar cómplices. Me encontré otra vez solo. Curado del alcohol, pero metido ya de lleno en ésto. Fuí recobrando lentamente mi sangre fría. Junto a aquella mujer había hecho algo de dinero. Esperé y sólo cuando lo necesitaba, realizaba algún robo minuciosamente planeado. Cuando tuve bastante, compré, en traspaso, la tienda de antigüedades que tú conoces, que me permitió conocer una clientela rica, entre la que, ocasionalmente, elegía mis víctimas. Cada vez que robaba pensaba que sería la última. Mi sueño era ser suficientemente rico antes de que pudieses darte cuenta. Como ves, he fracasado.

ALICIA.—¿Pero no tienes bastante aún?

BERNARDO.—Yo hace mucho que tengo bastante. Era para ti para quien lo quería todo. Tú eres distinta Tú perteneces a otro mundo que el nuestro. Eres hija de un hombre honrado. Me ayudó siempre y por eso te recogí cuando te encontraste sola. Por eso no quiero que tú te contamines. Tú eres honesta. Tú eres distinta de nosotros. Tienes que ser distinta.

ALICIA.—*(Se levanta y acaricia la frente de* BERNARDO.*)* Has debido sufrir mucho en esta vida.

BERNARDO.—*(Sonriendo.)* No tanto. Tú llegaste pronto y contigo conseguí la felicidad.

TELÓN U OSCURO

CUADRO SEGUNDO

Al levantarse el telón se ve, junto a la chimenea, encendida, a ALICIA, abstraída. El reloj suena, haciendo volver a la realidad a ALICIA. Poco después se abre una puerta. Ella mira con ansiedad, pero pronto ve que no es quien esperaba. Se trata solamente de MORELLI. Viene bebido.

MORELLI.—¿Aún no volvió?

ALICIA.—¿Pero no estabas tú con él?

MORELLI.—No. Hoy iba solo. (MORELLI *va hacia el bar y se sirve un "whisky". ALICIA le mira, mientras él bebe un largo trago y chasca la lengua)* ¿Salió hace mucho?

ALICIA.—No eran las nueve.

MORELLI.—No te preocupes, volverá.

ALICIA.—*(Con aspereza.)* No deberíais dejarle tan solo.

MORELLI.—¡Qué cosas dices! Ni que no lo conocieras. No es hombre del que se pueden discutir las órdenes. Además, muchas veces la soledad es buena compañera *(Fuera ha empezado a llover.* ALICIA *se acerca a la ventana y trata de ver las luces de unos faros en la vecina carretera.)* Deja la ventana. Ya vendrá. No te preocupes. Toma un poco de alcohol. Eso ayuda.

ALICIA.—No lo necesito.

MORELLI.—A éste *(Mostrando el vaso.)* lo necesitamos todos.

ALICIA.—Con tal de que no te encuentre borracho.

MORELLI.—¿Borracho? Nadie me vió nunca borracho. *(Pausa.)* Más trabajo me cuesta conservar la cabeza serena con las mujeres que con el vino.

ALICIA.—*(Sin dar importancia al hecho de que* MORELLI *se le haya ido acercando.)* ¿De verdad?

MORELLI.—¿No llevo años enteros aguantando tu presencia sin perder la cabeza?

ALICIA.—Y haces bien.

MORELLI.—Qué remedio me queda. Muchas veces pienso que deberías irte.

ALICIA.—¿Molesto?

MORELLI.—Tú no tienes nada que ver con nosotros. No eres de los nuestros. Te atrae esto por lo que tiene de riesgo y de emoción. ¿Tú no estuviste nunca en España? (*A un gesto negativo de* ALICIA.) Es lástima. Te gustaría. Allí la emoción anda suelta por las calles. Te volverías loca con las corridas de toros.

ALICIA.—¿Es posible?

MORELLI.—Seguro. Tú amas el peligro, pero en el fondo eres honrada.

ALICIA.—(*Riendo.*) Es increíble. el "whisky" se te ha debido subir a la cabeza. Nunca te oí hablar tanto.

MORELLI.—Sí, hablo poco. Pero si tú supieras...

ALICIA.—¿Qué?

MORELLI.—Nada..., no vale la pena..., son cosas que pasan sólo en mis sueños.

ALICIA.—¿Pero tú sueñas?

MORELLI.—Sí, sueño muchas veces, y algunas..., algunas sueño contigo.

ALICIA.—Nunca me lo habías dicho.

MORELLI.—Para decírtelo tendría que ayudarme con otro.

(*Se sirve un nuevo "whisky".*)

ALICIA.—Acabarás borracho.

MORELLI.—No te preocupes. (*Bebe.*) Pues sí, Alicia, en mis sueños yo pierdo la timidez..., por lo menos la pierdo contigo.

ALICIA.—¿Y qué tengo yo que ver con tus sueños? (MORELLI *se acerca a* ALICIA. *El vaso tiembla en su mano y está pálido.*) Estás temblando. ¿Son tus sueños de miedo?

MORELLI.—Mis sueños son felices.

ALICIA.—¿Y qué parte tengo yo en ellos? (*Ante el silencio de* MORELLI.) ¡Ah!, ya. En tus sueños me haces la corte.

MORELLI.—No... En mis sueños te beso.

(*Se ha inclinado para abrazarla, pero, veloz,* ALICIA *salta tras el sillón.*)

ALICIA.—¿Ves cómo no se puede beber tanto?

MORELLI.—(*Dejando el vaso y persiguiéndola.*) ¿Qué tiene que ver el alcohol? Este es un fuego que me quema hace años.

(*Ha alcanzado a* ALICIA *y de nuevo trata de besarla.*)

ALICIA.—(*Con energía.*) Si es fuego, deberías irte fuera; la lluvia te ayudaría a apagarlo.

MORELLI.—No te burles.

(*Ella se ha sonreído y él la persigue, resuelto. Sólo unos centímetros la separan ya, cuando en las manos de* ALICIA *surge un revólver.*)

ALICIA.—Basta. (*Enérgica.*) Cuando no se puede beber, no se bebe.

MORELLI.—(*Asustado y pasándose la mano por la frente.*) ¡No juegues con eso!

ALICIA.—¿Tienes miedo?

MORELLI.—Tengo respeto.

ALICIA.—(*Acercándose, sonriente.*) ¡Qué desilusión! ¡Yo que te tenía por un hombre valiente! Cuando saqué el revólver, tenía la esperanza de que siguieses avanzando. Tu valor me hubiese vencido. (*Una pausa.*) Sí, probablemente nos hubiésemos escapado los dos. ¿Quién era capaz de resistir a un hombre que no teme a la muerte? Qué ocasión has perdido, Jack. Me temo que sea la última.

MORELLI.—No creo tener fama de cobarde, pero cuando se tiene a medio metro una bala de plomo...

ALICIA..—¿Y qué es una bala de plomo? ¿No decías que te gustaba, en tus sueños, perdida la timidez, besarme a la fuerza? ¿No ibas a intentarlo violentamente ahora? ¡Qué gracia! Ha bastado este pequeño revólver para apagar tu entusiasmo.

MORELLI.—Cualquiera hubiese hecho lo mismo.

ALICIA.—Cualquiera, no. Un hombre, un hombre, ¿entiendes?, hubiera seguido avanzando hasta llegar a mis labios.

MORELLI.—¡Pues no le hubiera arrendado la ganancia!

ALICIA.—(*Sonriéndose.*) ¡Quién sabe!

MORELLI.—(*Creyendo interpretar la sonrisa de* ALICIA.) ¿Descargado?

ALICIA.—Claro. ¿Para qué necesitaba bala? ¿No viste que sin ella bastó para detenerte? (*El entonces trata de avanzar hacia* ALICIA, *pero apenas tropieza con sus ojos, se detiene.*) Si antes, cuando creías

cargado el revólver, hubieses seguido avanzando, quizá me hubieses desarmado. Ahora, aunque sepas que aquí no hay bala, es ya tarde, porque sé que de ti, aún sin armas, puedo muy bien defenderme.

MORELLI.—(*Desconcertado.*) ¡El demonio que te entienda!

ALICIA.—(*Va a recoger su whisky y se lo brinda.*) Anda, te conviene beber. Estás temblando todavía.

(*El la mira un momento y acaba riendo.*)

MORELLI.—Eres el diablo en persona.

(NORTON, *que es un hombre viejo, con una cicatriz en la cara, se asoma.*)

NORTON.—Creo que es él. Pero hay algo raro esta noche.

(*Se dirige hacia la ventana, por la que se ven las luces de unos faros.*)

ALICIA.—¿Qué le hace pensar eso?

NORTON.—No lejos de los suyos se ven otros faros, y esta no es carretera frecuentada a estas horas.

MORELLI.—(*Mirando también.*) No, no vienen juntos; serán algunos vecinos que volverán de juerga.

NORTON.—También es posible.

(*Unos segundos de silencio y luego el ruido del frenazo.* NORTON *corre hacia la puerta y, a poco de salir, entra con* BERNARDO, *que se apoya en él. Su enorme palidez da a entender que viene herido.*)

BERNARDO.—Tenéis que escapar en el acto. Vamos, en

seguida. Marchaos inmediatamente y alejaos en dirección al lago.

NORTON.—¿Y usted?

BERNARDO.—Yo tengo que hacer aquí. (*Viendo que no se mueven, con voz acostumbrada a mandar.*) ¿Es que no me oísteis?

MORELLI.—¿Hay peligro?

BERNARDO.—Sí. Tenéis que aprovechar los segundos.

NORTON.—¿Podemos ser más útiles escapando?

BERNARDO.—Naturalmente.

(*Un rápido y estrecho apretón de manos y salen los dos cómplices por la puerta contraria a aquella por donde entraron.* ALICIA *ayuda a sentarse a* BERNARDO *junto a la chimenea y con aire natural, como si nada ocurriese, pregunta a* BERNARDO.)

ALICIA.—Tienes un aire tremendamente cansado, Bernardo. ¿No tomarías un trago?

BERNARDO.—Excelente idea. (*Le sirve y él mira el whisky, cargadísimo.*) Cargaste la mano, ¿eh? Bien hecho. La noche se lo merece.

ALICIA.—¿Fueron mal las cosas?

BERNARDO.—Fueron mal, Alicia. Creo que había olvidado un poco que la vida se parece mucho a una mesa de juego. Dar los primeros golpes, no es difícil. Se dobla, se dobla, y se sigue ganando. Lo malo siempre es dar el paso defintivo, ese del que dependen tantas cosas y que parece tenerse al alcance de la mano. En ese las cartas suelen reírse de uno.

ALICIA.—Estás palidísimo, Bernardo.

BERNARDO.—Sí; no creas que es miedo, me tocaron.

ALICIA.—Déjame ver.

BERNARDO.—Para qué. Habrá tiempo. Además hay cosas más importantes.
ALICIA.—¿Por qué esperar aquí? Podríamos huir.
BERNARDO.—Para huir ahora, lo hubiera hecho antes.
ALICIA.—¿Hubieras podido?
BERNARDO.—Creo que sí.

(*Una pausa.*)

ALICIA.—Tardan mucho.
BERNARDO.—No te preocupes, vendrán. Son pocos y temen que aquí pudiera esperarles una celada. Rodearán la casa y luego, a su debido tiempo, harán su aparición. Afortunadamente, este paréntesis nos permitirá hablar un momento. Tengo cosas graves que decirte.
ALICIA.—¿Ahora? Tiempo tendremos de hablar con más tranquilidad.
BERNARDO.—Me temo que no. Es triste, Alicia, muy triste, pero creo que es esta la última vez que tú y yo nos hablamos.
ALICIA.—¿La última vez?
BERNARDO.—Calla. No podemos permitirnos derrochar estos preciosos segundos que nos quedan. Dentro de poco vas a oír cosas inauditas. Espero que me las perdones. Comprendo que es difícil, pero, a pesar de todo, confío en que me las perdones.
ALICIA.—¿Qué dices? No te debo más que cosas gratas. En mi vida nadie me quiso como tú.
BERNARDO.—Espera, no juzgues todavía. Lo único que quiero pedirte es que si después de esta noche aún sigues pensado lo mismo, si aún te queda en

el corazón un mínimo de ternura para mí, que hagas lo que te pido. Yo soy un tipo extraño. Me pasé la vida robando. Robando para ti, Alicia.

ALICIA.—¿Para mí?

BERNARDO.—Luego lo entenderás. Yo para mí no necesitaba nada, pero me había prometido que viviendo conmigo podrías ser tan rica como si no hubieses pasado tu juventud en esta casa.

ALICIA.—No lo entiendo.

BERNARDO.—Espera. Quiero pedirte que ahora que ya no es necesario tú desentierres mi tesoro. ¿Te acuerdas, verdad?

ALICIA.—Sí. A ojos cerrados podría ir hasta el árbol.

BERNARDO.—Bueno, todo eso hay que devolverlo. Allí tienes también las notas de su procedencia. Deseo en estos momentos descargar mi conciencia. ¿Si tú no lo necesitas ya, para qué guardarlo?

ALICIA.—Pero Bernardo...

BERNARDO.—Calla, Alicia. Una cosa más quiero pedirte. Hay entre aquellas cosas una diadema, ¿la recuerdas, verdad? Algunas veces, de niña, te miraste al espejo con ella y yo te prometí que sería para ti cuando fueses mayor. Me gustaría que le pidieses a su dueña que en lugar de la diadema admitiese dinero. Eso a ti no ha de faltarte.

ALICIA.—¿Pero de dónde lo podría sacar yo?

BERNARDO.—No te preocupes, dinero no te faltará. Y luego quisiera que, si eres capaz de comprender toda esta extraña histórica... *(Se oye ruido fuera.)* Ves, ahí los tienes. Ya se han convencido de que no tenemos montadas ametralladoras en las puer-

tas. (*Se oyen unos nudillos violentamente en la puerta. Intentando incorporarse.*) Voy, voy.

ALICIA.—(*Adelantándosele.*) Deja.

(*Abre la puerta y aparece el Comisario* JACOB.)

JACOB.—Buenas noches, Bernardo Martin.

BERNARDO.—(*Entregando su pistola al Comisario.*) Regulares nada más, Inspector.

JACOB.—Todo depende de qué lado se mire. (*A los hombres que le acompañan.*) Registren la casa.

BERNARDO.—Es inútil. No hay nadie.

JACOB.—Registren. (*Sentado en el brazo del sillón, frente a* BERNARDO.) En cuanto comprobemos su afirmación, podremos irnos.

BERNARDO.—¿No quiere usted un whisky mientras tanto?

JACOB.—¿Qué jugarreta se trae entre manos?

BERNARDO.—Ninguna. Yo beberé primero, como creo que se hacía en la época del Renacimiento. (*Vuélvese a* ALICIA.) ¿Quieres servirnos? (*Bebe* BERNARDO *y sonríe al* INSPECTOR.) Beba usted, no hay veneno, lo más que podría haber es narcótico.

JACOB.—(*Tras dudar un momento, bebe.*) Es agradable un poco de alcohol después de esta noche.

BERNARDO.—Una noche para usted histórica.

JACOB.—Así es.

BERNARDO.—¿Así? ¿Qué sabe usted de eso?

JACOB.—¿Qué quiere decir?

BERNARDO.—Que no tiene idea de lo que esta noche significa para su carrera.

JACOB.—Sí, esta noche ha terminado una vieja persecución, Bernardo Martin. Hace muchos años que

ando tras de usted, sin poder nunca probar nada. Su tienda de antigüedades encubría bien su negocio, pero yo sabía que usted era el hombre del asunto Morrison.

BERNARDO.—¿Ve usted? Ya está usted equivocado. Ni tuve nada qué ver con aquello ni tuve qué ver con el asunto del trust del caucho. En ambos casos, hizo usted lo que moralmente se llama un juicio temerario.

JACOB.—Ya hablaremos de eso. Lo que le va a ser difícil probar es que lo de esta noche no tiene nada que ver con usted.

BERNARDO.—Lo de esta noche no tiene importancia.

JACOB.—¿De verdad?

BERNARDO.—Si sólo fuese lo de esta noche, me hubiese escapado. Herido y todo no hubiese usted dado conmigo. Conozco el terreno como la palma de la mano.

JACOB.—¿Está herido?

BERNARDO.—Eso es lo de menos.

JACOB.—Si podía haber intentado escaparse, ¿por qué no lo hizo? ¿Por ella?

BERNARDO.—Claro.

JACOB.—Hubiera sido difícil probar su culpabilidad.

BERNARDO.—No se trata de eso. Esta mujer no solamente no es culpable, sino que es víctima. Pero acabe de sentarse cómodamente, Inspector; está usted a punto de sentir una gran emoción.

JACOB.—No se preocupe por mí. Siga.

BERNARDO.—¿Es usted hombre de memoria?

JACOB.—No puedo quejarme.

BERNARDO.—¿Recuerda el caso Sullivan?

JACOB.—(*Poniéndose en pie.*) ¿Cómo? Naturalmente que lo recuerdo. Un caso de secuestro. Se trataba de una niña, ¿verdad?

BERNARDO.—Sí, claro. ¿Me permite usted que se la presente?

(*Con la mano señala a* ALICIA.)

ALICIA.—¡Déjate de bromas! Nadie va a creerte.

BERNARDO.—Todos deben creerme. Y lo malo es que tú también tendrás que hacerlo.

ALICIA.—Yo soy la hija de un viejo amigo tuyo. Me recogiste a su muerte y me trajiste contigo.

BERNARDO.—Esa es la historia que te conté mil veces, pero no pasa de ser eso, una historia. Hay otra mucho más dolorosa y mucho más cierta. ¿Me concede usted unos minutos, señor Inspector?

JACOB.—(*Sentándose.*) Tómese los que quiera, pero cuidado, no sabe usted a lo que se expone.

BERNARDO.—(*Sonríe, irónicamente, apura su whisky y, lentamente, con voz monótona, empieza.*) Era casi al principio de mi carrera. Yo no fuí siempre..., bueno, no fuí siempre un hombre al margen de la Ley. Vivía en esa época en que creía, más ciegamente que nunca, en ese golpe de mano afortunado que me permitiría sentar definitivamente plaza de hombre de bien. Vamos, que tenía nostalgia por volver a ser un hombre honrado. De pronto me pasó por delante lo que yo creí la ocasión. Sólo me di cuenta un día en que supe casualmente quién era la niña cuya nurse, a quien conocí en mis paseos por el parque, estaba un poco enamorada de mí. Aunque me esté mal decirlo, yo, entonces, no

era un hombre físicamente despreciable y, en todo caso, el hecho es que aquella mujer era un fácil instrumento en mis manos. Supe, por casualidad, la fabulosa fortuna de los Sullivan y pensé que lo que para ellos era una limosna, para mí sería el final de la delincuencia y de la zozobra. No les cansaré con detalles. Un poco de cloroformo en pleno idilio me permitió acercarme a la niña. Luego el resto se redujo a alejarme las millas necesarias.

JACOB.—¿Hasta aquí?

BERNARDO.—Sí. Pedí el rescate y sé que el padre estaba dispuesto a darlo. ¿Qué eran para los Sullivan cien mil dólares? Pero la madre, la madre era otra cosa. Era de moral muy estrecha, de esas que opinan que no puede pactarse con un delincuente. En fin, se negó rotundamente a cometer la ilegalidad que suponía el pago del rescate.

JACOB.—Hizo bien. Si todas hicieran lo mismo, hace tiempo que no habría secuestros.

BERNARDO.—(*Mirando tiernamente a* ALICIA.) Yo también acabé por creer que hizo bien. Pero mis razones eran distintas, señor Inspector. Claro que todo eso es indiferente. Volvamos a la historia. Cuando pasado el plazo concedido llegué a la conclusión de que nunca obtendría un centavo por la niña, comprendí que tendría que deshacerme de ella.

JACOB.—¿Matándola?

BERNARDO.—¿Y qué remedio me quedaba? En mi género de vida una niña de apenas un año no era precisamente una ayuda. Tenía, pues, que elimi-

narla. Cuando me preparaba a ello (*Las manos de* BERNARDO *se engarfian como estrangulando un cuello imaginario.*), aquella niña me sonrió; me sonrió como sólo una vez me habían sonreído. Era como el retrato de aquella otra niña a la que yo, estudiante de medicina, había matado al darle unas gotas de cloroformo. Por ella estaba yo convertido en un delincuente. Otra vez se me cruzaba en el camino. Parecía como si la misma, reviviendo, volviera para decirme: "¿Otra vez? ¿Es que vas a matarme otra vez?" Dudé un momento. Cerré los ojos y, a pesar de todo, alargué las manos. Con las suyas, menudas, se agarró a las mías y fué entonces una infantil carcajada la que lanzó a la cara de quien se estaba preparando nada menos que para matarla. Aquello acabó por convencerme y terminé besando una cara diminuta que por puro milagro no era ya la de un cadáver.

JACOB.—¿Y luego?

BERNARDO.—Nada. El tiempo hizo de aquella niña esta mujer, gracias a la cual, en lugar de convertirme en criminal, me limité a ser...

JACOB.—Un ladrón.

BERNARDO.—Eso. Cuando le perdoné la vida, no me di cuenta de lo que esto significaba.

JACOB.—No entiendo.

BERNARDO.—Ni yo lo entendía entonces. Pero cuando pasado el tiempo me encontré con que la adoraba más que a nada ni a nadie en el mundo, empecé a comprender que había hecho el mayor de mis errores. Había sido un robo totalmente infructuoso, que se revolvía trágicamente contra mí. Si

yo la hubiera estrangulado aquella noche, hace mucho tiempo que no estaría al alcance de la Justicia. Me sobran personalmente las tres cuartas partes de lo que tengo. Pero ella vivía, ¿usted comprende?, y había que seguir hasta poder conseguirle una situación comparable, por lo menos, a aquélla que yo le había quitado. Por eso hice lo que hice..., suponiendo que yo haya hecho algo.

JACOB.—¿Y sus padres?

BERNARDO.—Sus padres fueron del escaso número de personas a quienes odié. Sé poco de ellos. Sólo que viven.

(*Entran los hombres que acompañaban al Inspector.*)

UNO.—Aquí había alguien más viviendo, pero ha desaparecido.

BERNARDO.—Jack Morelli, el socio de mi tienda de antigüedades, pasa algunas noches aquí. Trae su mecánico. Pero no tiene nada que ver conmigo.

JACOB.—Eso ya se verá.

BERNARDO.—¿No ha aprendido aún a conocerme? Yo siempre trabajo solo. Eso le complicó a usted las cosas.

JACOB.—Sí, eso es verdad. (*A* ALICIA.) Lo siento, pero no hay más remedio. Tendrá usted también que acompañarnos. Sólo por pura fórmula. (*A* BERNARDO.) ¿Listo?

BERNARDO.—Cuando usted guste, Inspector.

ALICIA.—(*Que se ha ido acercando a él y está muy pálida.*) ¿Mentiste, verdad, padrino? Dime que mentiste.

BERNARDO.—No, Alicia, no mentí.

ALICIA.—No te creo. Pero aunque así fuere, yo seguiría queriéndote lo mismo.

BERNARDO.—(*Venciendo la emoción con la ironía.*) Gracias, Alicia Sullivan.

ALICIA.—(*Violentamente.*) No me llames así. Yo sigo siendo Alicia Martin, la de antes. Para ti quiero ser la de siempre.

BERNARDO.—Gracias, Alicia.

(Va hacia el Inspector y está a punto de caer desvanecido.)

JACOB.—¡Cuidado! ¿De verdad está usted herido?

BERNARDO.—¿No le dije que sí? Nunca acabará usted de conocerme.

JACOB.—Entonces, apóyese en mi brazo.

BERNARDO.—Gracias, Inspector.

(*Salen, seguidos de los demás.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Salón biblioteca en casa de Sullivan. Opulento buen gusto. En sitio preferente, el retrato de la abuela de Alicia, que tiene un impresionante parecido con ésta. Sobre la chimenea, un visible medallón del dios Jano. A la derecha, una terraza da al parque. En el fondo e izquierda, sendas puertas. Al levantarse el telón nadie en escena. El ventanal está abierto y a poco entra el PADRE MIGUEL, que ronda los setenta, cargado de periódicos. No puede evitar la curiosidad y va repasando las primeras páginas de cada uno de ellos. Una joven criada mulata entra a poco.

ANA.—¿Publicaron las noticias, Padre?

PADRE MIGUEL.—¡Milagro es que hayan conseguido detenerlos veinticuatro horas!

ANA.—¿Y cuentan todo?

PADRE MIGUEL.—Absolutamente todo. La detención de ese hombre y la llegada de ella a esta casa.

ANA.—¿Me deja ver, Padre? (*Examina un periódico.*) Tiene cara noble. Luego dicen que es el espejo del alma. Parece un hombre honrado.

ALICIA.—(*Sentada en el ventanal, desde fuera.*) Lo parece y lo es.

(*Salta dentro de la habitación.*)

ANA.—(*Dejando apresuradamente los periódicos.*) Perdón, señorita.
PADRE MIGUEL.—Aunque somos viejos conocidos, no es fácil que me recuerde.
ALICIA.—¿Y usted? ¿Cómo pudo recordarme? No creo que me parezca a aquella niña secuestrada.
PADRE MIGUEL.—No. Pero se parece a ésa.

(*Señala el retrato.*)

ALICIA.—Es verdad. Se diría mi retrato.
PADRE MIGUEL.—¿No quiere leer los periódicos? Sólo hablan de su historia.
ALICIA.—No; los periódicos no pueden ayudarme en nada.
ANA.—El desayuno se sirve en el comedor a las ocho y media, señorita. Sin embargo, ¿quiere que le traiga algo?
ALICIA.—Gracias; por ahora, nada. Yo la llamaré si la necesito.
ANA.—Bien, señorita.

(*Vase.*)

ALICIA.—¿Cómo se llama?
PADRE MIGUEL.—Ana. Tiene casi exactamente su edad. Podía ser feliz, pero no le perdona a la vida haber nacido mulata. Por lo visto, cree que basta ser blanco para ser dichoso.

ALICIA.—Y usted, ¿vive aquí?

PADRE MIGUEL.—No. Yo nunca viví aquí. Antes venía todas las mañanas a decir misa. Desde que murió su abuela, la misa sólo se dice los 17 de cada mes, en recuerdo del día de su muerte. Pero yo vengo a rezarle un responso casi a diario. ¡Le debo tanto a aquella mujer! Por eso al verla me dió un vuelco el corazón. Parecía que era otra vez como hace cincuenta años. No puede negarse que hay una ley de la sangre.

ALICIA.—¿Cree usted en la ley de la sangre?

PADRE MIGUEL.—Por lo menos, en el parecido. Ese es increíble.

ALICIA.—¿Dice usted, Padre, que ha frecuentado esta casa desde que fué construída?

PADRE MIGUEL.—Así es.

ALICIA.—¿Conocerá usted la historia de mi rapto?

PADRE MIGUEL.—No se olvidan fácilmente aquellos días.

ALICIA.—Podría, Padre, serme de gran utilidad para una serie de dudas que fácilmente comprenderá que existan en mí. Hay cierto número de cosas que con la mayor urgencia necesito aclarar. Ha llegado a mis oídos, por ejemplo, que mi raptor pidió por mí un fuerte rescate.

PADRE MIGUEL.—Cien mil dólares.

ALICIA.—Así me habían dicho. ¿Tiene usted alguna idea de por qué estos dólares no se pagaron?

PADRE MIGUEL.—Sus padres, después de reflexionar, estimaron que no podía accederse al pago de ese rescate.

ALICIA.—¿Los dos?

PADRE MIGUEL.—¿Qué quiere usted decir?

ALICIA.—Lo que usted ha entendido. Quiero saber si la negativa de pagar el rescate nació de los dos a un mismo tiempo o fué alguno de ellos, mi padre o mi madre, quien tuvo la iniciativa y consiguió convencer al otro.

PADRE MIGUEL.—Aquel asunto tuvo gran publicidad. No es ni siquiera indiscreto decir que en el matrimonio hubo una absoluta discrepancia a este respecto. Los periodistas decían que era cuestión de mentalidad. Quizá de diferencia de religión.

ALICIA.—¿Qué tiene que ver la religión con eso?

PADRE MIGUEL.—La religión tiene que ver con todo, hija. Su padre de usted es católico, y los católicos tenemos, por lo visto, la manga más ancha.

ALICIA.—Sí, es verdad, tenemos la manga más ancha.

PADRE MIGUEL.—¡Dios sea alabado! ¿También usted es católica?

ALICIA.—¿Por qué esa sorpresa? ¿Es que en casa de los ladrones no puede haber religión?

PADRE MIGUEL.—No es sorpresa. Es alegría. Profunda alegría.

ALICIA.—No es mérito mío. El hombre que me raptó descendía de irlandeses. Yo heredé su religión y soy católica.

PADRE MIGUEL.—¡No sabe cómo lo celebro! (*Mirando al cuadro.*) ¡No sabe usted cómo lo celebraría ella!

ALICIA.—¿También mi abuela era católica?

PADRE MIGUEL.—Por eso estoy yo aquí. Ella me trajo como capellán. Hace ya tantos años...

ALICIA.—Volvamos a lo nuestro. ¿Dice usted que mi madre fué entonces quien se opuso?

PADRE MIGUEL.—Su madre de usted es una santa. No he conocido una persona que de un modo más abnegado haya estado al servicio de su marido en los años que siguieron a su desaparición. Sin embargo, dentro de su santidad, tiene argumentos de una intransigencia que nosotros no comprendemos. Estoy seguro de que ella sufrió al negarse a pagar el rescate...

ALICIA.—No me interesan demasiado las interpretaciones, Padre. Yo quería saber simplemente los hechos. Había oído recientemente una historia que me parecía monstruosa, increíble. Según veo, la historia era cierta.

PADRE MIGUEL.—¡Cuidado! Creo que son sus padres.

ALICIA.—Tendremos que seguir hablando, Padre. Hay muchas cosas que yo tengo que saber todavía.

(*Entran* LUISA *y* RICARDO. *Se establece una cierta tensión y, por fin,* RICARDO, *por encima de su timidez, se acerca a su hija, duda si abrazarla y, por fin, de un modo torpe, le golpea cariñosamente un hombro.*)

RICARDO.—¿Dormiste bien, Alicia?

ALICIA.—Por lo visto, no tanto como vosotros. Ya me he dado un largo paseo por el parque. Realmente es delicioso.

LUISA.—¿Por el parque? Mi terraza da sobre la puerta y no te vi salir.

ALICIA.—No, no salí por la puerta; salté por la ventana.

LUISA.—Tú estás de broma.

ALICIA.—El Padre puede decirte, él me vió llegar.
PADRE MIGUEL.—Así fué.
LUISA.—Comprenderás que esto no es frecuente en casa como la nuestra.
ALICIA.—¿A qué te refieres?
LUISA.—A saltar por la ventana. Claro que en el fondo es lógico, ¡pobre hija! Veinte años con esa gentuza.
ALICIA.—(*Como si hubiera sido golpeada.*) ¿Por qué gentuza? Te agradecería que no empleases respecto a ellos ese tipo de palabras. Lo creas o no, en el fondo eran buenos.
LUISA.—¿Buenos los que se dedican al robo y al secuestro?
ALICIA.—A pesar de todo.
LUISA.—¿Es que vas a defenderlos?
ALICIA.—No, no voy a defender el robo. Pero pienso que un brillante, unas perlas o una cartera eran para los que las perdían un grano de arena comparado con el valor que tenían para ellos.
LUISA.—(*Mirando a su marido.*) ¿Oyes esas teorías?
ALICIA.—No te preocupes. Sé que hacían mal, pero yo no puedo evitar haber convivido con ellos veinte años.
LUISA.—Veinte años sin el menor contacto con la moral.
ALICIA.—Ellos también tenían la suya.
LUISA.—¿Moral unos ladrones?
ALICIA.—Unos ladrones tan ingenuos que hasta me enseñaron religión. Sí, yo sé que la Ley de Dios tiene diez Mandamientos. Y sé también que ellos, habitualmente, faltaban a uno. ¿Conocéis vosotros,

la gente honorable, a muchos que cumplan con los diez?

LUISA.—¡No sigas diciendo atrocidades! (*A* RICARDO.) ¿Tú puedes oír tranquilamente esto?

RICARDO.—Confieso que todo lo que dice me parece encantador.

LUISA.—¿Pero cómo puedes...?

RICARDO.—No exageres, Luisa. ¿Es que vamos a pretender que quien vivió desde su niñez entre gentes inmorales vuelva a nosotros con nuestra misma mentalidad?

ALICIA.—¿Inmorales? No sé. Eran valientes, leales, abnegados, no carecían de sentido de justicia. Y por encima de eso, yo les quería.

LUISA.—¡Calla, por favor, me espanta oírte!

ALICIA.—Lo comprendo. Todos habremos de irnos acostumbrando.

LUISA.—Dios quiera que este ambiente te cambie.

ALICIA.—Yo también lo espero. Espero cambiar yo y que cambiéis vosotros un poco, hasta encontrarnos a mitad del camino.

RICARDO.—¿Qué quieres decir?

ALICIA.—Que yo sola no puedo recorrerlo todo.

LUISA.—Eso es disparatado. Hay la ley de la sangre; ella te ayudará.

ALICIA.—Es muy divertido. Llevo apenas unas horas en pie y ya he oído hablar dos veces de la ley de la sangre.

LUISA.—No tardarás en estarle agradecida.

ALICIA.—Yo tengo mis dudas. Pero, en fin, el tiempo dirá. En cuanto a la ventana, no te preocupes. Todos para llegar a lo que nos proponemos tendremos

que hacer pequeñas concesiones. Yo os ofrezco la primera. No volveré a saltar por la ventana.

(RICARDO *se acerca a ella y le coge las manos.*)

RICARDO.—Gracias por tu sacrificio, hija.

ALICIA.—Por favor, no me llaméis hija. No me lo llaméis aún. Esperemos a sentirlo. Por ahora, yo seré Alicia y vosotros Luisa y Ricardo. ¿Permitís?

LUISA.—Si el llamarnos padres te es molesto...

ALICIA.—Molesto no, pero para mí carece de todo significado.

(*Una pausa.*)

LUISA.—Vamos a desayunar. Hace un siglo que dió la media.

ALICIA.—Yo ya tomé una manzana en el parque. Prefiero quedarme con el Padre.

LUISA.—Como quieras.

(*Sale con* RICARDO.)

ALICIA.—(*Se sienta y baja la cabeza, apesadumbrada.*) Ellos no entienden.

PADRE MIGUEL.—No, hija. ¿Puedo yo llamarle hija? Es una vieja costumbre.

ALICIA.—Usted, sí, llámeme hija.

PADRE MIGUEL.—Gracias, Alicia.

ALICIA.—¿Robar es muy grave, verdad?

PADRE MIGUEL.—Robar es un pecado y, además de pecado a los ojos de Dios, es un delito a los ojos de los hombres.

ALICIA.—No entiendo lo que quiere decir.

PADRE MIGUEL.—Que hay dos clases de pecados. Los que sólo lo son moralmente y los que además encierran un peligro social. Estos últimos, a los ojos de los hombres, son peores. Nosotros damos la mano a un avaro, a un envidioso, a un blasfemo; en cambio, se la negamos a un ladrón. ¿Por moral? No; sólo por miedo. Las gentes piensan más en la limpieza exterior que en la interior. Olvidan que Cristo dijo que sólo manchan las cosas que salen del corazón.

ALICIA.—¿Entonces, a los ojos de Dios, un ladrón no es peor que otro pecador cualquiera?

PADRE MIGUEL.—El ladrón que restituye lo robado, queda más limpio que ese avaro o ese blasfemo al que todos los días recibimos y agasajamos.

ALICIA.—¿De verdad, Padre, Dios pensará como usted dice? ¿No será de la opinión de los hombres?

PADRE MIGUEL.—No, Dios no piensa como ellos.

ALICIA.—¿Cómo puede saberlo?

PADRE MIGUEL.—El lo dejó dicho. ¿No oyó hablar de Dimas? ¿No oyó hablar del buen ladrón?

ALICIA.—Es verdad.

PADRE MIGUEL.—Piense en eso. Yo voy a rezar mi responso. Ojalá seamos buenos amigos.

ALICIA.—¿No lo somos ya?

PADRE MIGUEL.—Tiene razón, hija. Lo somos ya.

(*Vase.*)

ANA.—(*Entrando.*) La señora me encargó ocuparme de usted.

ALICIA.—¿Te llamas Ana, verdad? Y eres muy guapa.

ANA.—Gracias, señorita.

ALICIA.—Demasiado que lo habrás oído. ¿No tienes novio.

ANA.—¿Novio yo?

ALICIA.—Pues si no lo tienes, ya vendrá, no te apures. Eres guapa y un día te encontrarás con un hombre que se casará contigo y te llenará de hijos.

ANA.—¿Hijos mulatos?

ALICIA.—¿Qué tiene que ver eso?

ANA.—¡Y me lo pregunta a mí! Siendo blanca, podría ser feliz. Siendo negra, también. ¡Pero mulata! No pertenezco ni a un mundo ni al otro. Mi sangre blanca me lleva hacia los blancos y la otra me impide acercarme. ¡No, hijos nunca!

ALICIA.—El día que estés enamorada, ya cambiarás de idea.

ANA.—¿Y si lo estuviese ya? Pero el amor sería demasiado egoísta si hubiera de hacerlo pagar a unos pobres seres inocentes.

ALICIA.—Eres muy joven. Cambiarás.

ANA.—Dios no lo quiera. ¿Lanzar hijos al mundo que tengan que sufrir mis humillaciones? Los negros son infinitamente más felices, tienen una intimidad, un círculo en que se sienten unidos. Nosotros, los mulatos, ni eso siquiera. ¿Hijos que se vean despreciados por unos y olvidados por otros? No, Dios no ha de quererlo. (*De pronto se da cuenta de que está hablando con su dueña, y adopta un tono humilde.*) Pero, perdóneme. ¿Qué puede importarle a usted todo esto? Es un problema que no puede comprender.

ALICIA.—¿Que no puedo comprender? ¿Y si yo te

dijese que a mí, a pesar de mi cara blanca, me pasa un poco lo mismo que a ti?

ANA.—¿Lo mismo?

ALICIA.—Sí. ¿No crees tú que lo que ocurre con la sangre pueda repetirse en el alma?

ANA.—No lo entiendo.

ALICIA.—Verás. Yo nací en esta casa, ya lo sabes. Después, sin saber nada de mi origen, viví veinte años entre hombres diferentes, ¿comprendes? Hombres que robaban, pero que a quien sólo ha vivido aquel ambiente le parecían tan normales como a ti pueden parecerte las gentes de por aquí. De repente, fuí trasladada a esta casa. Aquí se me dice que todo lo de antes es reprobable, que hay que darlo por no vivido. Es como si a ti te dijeran que tienes que olvidar la parte de sangre blanca que hay en tus venas. Y si tú te sientes en medio de una corriente que te arrastra veloz, entre dos orillas que te rechazan igualmente, a mí me pasa lo mismo. Mi alma, Ana, tiene dos sangres. Soy tan mulata como tú. (*Pausa.*) ¿No entiendes, verdad?

ANA.—Sí, sí que la entiendo. Pero sientiendo así, teniendo dos sangres, ¿se puede querer tener un hijo que no se sabe si será Caín o Abel?

TELÓN U OSCURO

CUADRO SEGUNDO

Semanas más tarde. En el mismo escenario LUISA y RICARDO.

LUISA.—Podrá ser milagro, pero yo creo que el milagro se hace.

RICARDO.—Sí, parece interesada.

LUISA.—Hace una semana que no se separan. ¡Con el miedo que tenía yo a que se fijase en alguno que se pareciese a sus amigos de antes!

RICARDO.—¿Encuentras bien a Patricio Allen?

LUISA.—¡Cómo no he de encontrar bien al mejor partido de la ciudad! ¡Eso sí que es un hombre! Defensor de la Ley y no un delincuente como aquellos otros. Justo lo que ella necesitaba.

RICARDO.—¿No te parece un poco viejo para ella?

LUISA.—¿Viejo? Apenas tiene cuarenta años...

RICARDO.—Cuarenta y dos. Tiene un año menos que yo.

LUISA.—Bueno, pues cuarenta y dos. Y a esa edad Fiscal del Estado y con un porvenir brillantísimo.

RICARDO.—(*Irónicamente.*) Eso es verdad. Estoy seguro de que será pronto Senador. ¿Se podría pedir algo mejor para nuestra hija?

LUISA.—Deja ese tono irónico. Se diría que te molesta que Alicia se haya enamorado.

RICARDO.—Qué cosas dices...

LUISA.—En fin, voy a dar una vuelta. Llevan demasiado tiempo solos.

(*Vase.*)

RICARDO.—Buena idea. (*Abre el cajón y saca unas cuartillas que empieza a leer, cuando suena el teléfono.* RICARDO *lo atiende.*) ¡Allo! No, perdone; está equivocado. (*Cuelga el teléfono y sonriendo va hacia la puerta por la que desapareció* LUISA.) ¡Alicia, Alicia! Te llaman al teléfono.

ALICIA.—(*Entrando.*) Bendito el que llame. No podía más.

RICARDO.—No te llama nadie. Pero me diste pena y se me ocurrió este truco. Ahora vuelve. No olvides que él es Fiscal y como descubra nuestro enredo...

ALICIA.—No te preocupes. Acaba de llegar Luisa y los dos se llevan muy bien. En el fondo, así le gustaría que fuése yo.

RICARDO.—Quizá tenga la esperanza de cambiarte.

ALICIA.—Déjalo de mi cuenta. ¡Qué buena idea tuviste al presentármelo!

RICARDO.—El es el único que podría hacer algo por Bernardo.

ALICIA.—No sabes cómo te lo agradecí. Pensándolo bien, no debió serte fácil ayudar al hombre que me apartó de ti durante tantos años. (RICARDO *no contesta.* ALICIA, *por cortar el violento silencio, mira los papeles que su padre tiene en la mano.*) ¿Qué es eso? Tiene tu letra. ¡No me digas que escribes! Sería estupendo descubrir que eras un escritor.

RICARDO.—Pues casi lo has descubierto.

ALICIA.—¿Poesía? ¿Novela?

RICARDO.—De todo y de nada. Es un vicio, pero un vicio inofensivo. Escribo para darme a mí ese gusto y luego, ahí, en la chimenea, ofrezco al dios Jano el sacrificio de mi obra.

ALICIA.—¿Quemas todo lo que escribes?

RICARDO.—Sí.

ALICIA.—(*Dulcemente.*) Eres cobarde, Ricardo.

RICARDO.—Sí, Alicia, lo soy.

ALICIA.—¿Nunca leiste tus obras a nadie?

RICARDO.—Sí, en la Universidad tuve dos amigos a quienes di esta gran prueba de confianza.

ALICIA.—¿Y qué opinaron?

RICARDO.—Uno, que eran geniales. El otro, que eran tan vulgares, que no valía la pena de hablar de ellas. (*Pausa.*) Pero dejemos esto. Quería pedirte algo muy en serio. Procura que tu madre no sepa mi intervención en lo de Patricio Allen. Me horroriza pensar que descubriese que todo ese amor es farsa y yo él culpable.

ALICIA.—No temas, sabré guardar el secreto.

RICARDO.—Qué quieres, tú lo dijiste antes. Soy un cobarde.

ALICIA.—(*Acercándose a él.*) Más que cobarde, habría que llamarte quizá indiferente.

RICARDO.—¿Por qué mientes? (*Ella, desarmada por la pregunta de* RICARDO, *tras dudar un momento, acerca sus labios a la frente de su padre.*) ¿Por qué has vuelto a mentir, Alicia?

ALICIA.—(*Sin convicción.*) ¿Quién te dice que estoy mintiendo?

RICARDO.—Yo. Me tratas como a un mendigo. Yo pido de ti cariño y tú me das piedad.

ALICIA.—No temas. Yo acabaré queriéndote. Estoy segura.

RICARDO.—¿Cómo puedes estarlo?

ALICIA.—Lo sé desde hace unos segundos.

RICARDO.—¿Sólo hace unos segundos?

ALICIA.—Sí. Desde que mis labios rozaron tu frente. Y ahora te dejo. Mi Fiscal me espera. Te dejo con tu soledad y con tu dios. Por cierto, ¿cómo se llama?

RICARDO.—¿No le conoces? Es Jano. El dios bifronte. El de las dos caras. El principio y el fin. El bien y el mal. El amor y el odio.

ALICIA.—Es curioso. No sabía que existiera y sin embargo me parece un viejo amigo.

RICARDO.—¿Amigo cuál? ¿Cuál de las dos caras?

ALICIA.—¿Es que una de ellas podría vivir sin la otra? Eso es lo que me atrae de él. Algo parecido a lo que siento dentro de mí misma.

RICARDO.—¿Tú?

ALICIA.—Sí, Ricardo. Dime, por favor, ¿tuvo hijos ese dios? ¿Tuvo hijos Jano?

RICARDO.—Sabes que no lo sé.

ALICIA.—Yo sí. Por lo menos tuvo una hija.

RICARDO.—¿Una hija?

ALICIA.—Sí. Yo soy la hija de Jano.

(*Vase por la puerta del fondo, casi al tiempo que* PATRICIO *entra por la de la izquierda.*)

RICARDO.—Por la galería va Alicia. Iba buscándote.

PATRICIO.—Mejor que no esté. Yo quería hablar contigo.

RICARDO.—¿Te ocurre algo?

PATRICIO.—Quiero tu ayuda. Alicia sigue empeñada en ver a ese hombre, a Bernardo Martin. En realidad, la visita en la cárcel es prácticamente imposible. Sería un escándalo y los periódicos lo descubrirían en el acto.

RICARDO.—¿Y otra solución no habría? La pobre está obsesionada con esa idea.

PATRICIO.—Ella, y yo, también. Mira mi plan. Yo,

como Fiscal, puedo reconstruir los hechos. La niña fué robada en el parque. Tengo todo preparado. Si tú no te opones, podría hacer venir aquí a ese hombre.

RICARDO.—¡Con tal de que no tenga que verle!

PATRICIO.—No te preocupes. ¿Puedo, entonces, dar la orden? Todo está preparado.

RICARDO.—Naturalmente. Ahí tienes el teléfono.

PATRICIO.—Gracias. Creo que viene. Entreténla un poco. (RICARDO *sale, mientras* PATRICIO *marca un número.*) Sí. Habla Allen. Oiga, salgan ahora mismo. Yo estoy en casa de los Sullivan, a un par de calles de la Prisión. Conocé la casa, ¿verdad? Bueno, pues vengan volando.

ALICIA.—(*Entrando.*) Creí que se lo había tragado la tierra.

PATRICIO.—Estaba hablando con la Fiscalía.

ALICIA.—¡Ni aquí puede usted dejar tranquilos a los infelices que caen entre sus manos!

PATRICIO.—Los que caen entre mis manos, no son generalmente infelices.

ALICIA.—De todos modos. Me da usted miedo.

PATRICIO.—¿Miedo yo?

ALICIA.—No olvide que hasta hace pocas semanas éramos muy serios rivales.

PATRICIO.—No volvamos a lo de antes. Usted nunca delinquió.

ALICIA.—No. Yo no he delinquido, pero un fiscal no era hace días lo que yo hubiera preferido en este mundo.

PATRICIO.—(*Riendo.*) Espero que ya no sea así. Y lo

espero porque yo quisiera precisamente que usted prefiera en este mundo a un fiscal, y concretamente a este Fiscal que tiene usted delante. (*Pausa embarazosa.*) Usted perdonará la rapidez y la violencia de esto, que es una declaración amorosa. Pero a mis años, y en los tiempos que corremos, no puede procederse con demasiada calma. Sé que, en el mejor de los casos, usted no puede tener una opinión formada de mí. No pienso que me conteste en seguida. Solamente le pido que vaya pensando en contestar algún día.

ALICIA.—Es usted razonable.

PATRICIO.—¿Lo será usted alguna vez?

ALICIA.—Eso depende de usted. Ya le he dicho que necesito visitar a Bernardo Martin.

PATRICIO.—Pide usted algo importante. Importante y difícil. ¿Lo sabe, al menos, su familia?

ALICIA.—Lo sabe él, Ricardo, que vendría con nosotros.

PATRICIO.—¿Y su madre?

ALICIA.—No, ella no lo sabe. No entendería.

PATRICIO.—¿No entendería qué?

ALICIA.—Que un delincuente pudiese ser tomado en consideración.

PATRICIO.—Yo debería negarme a lo que me pide.

ALICIA.—Pero no va a hacerlo, ¿verdad?

PATRICIO.—¿Realmente quiere ver a ese hombre?

ALICIA.—¿Qué pensaría usted de mí si me fuera indiferente la suerte de quien me hizo de padre durante toda la vida?

PATRICIO.—Tiene usted razón.

ALICIA.—¿Entonces me llevará?

PATRICIO.—No. No es necesario.
ALICIA.—¿Qué está haciendo? ¿Burlarse de mí?

(*Se oye un timbre.*)

PATRICIO.—No. No me burlo. Siéntese y espere unos segundos. He hecho por usted algo que nunca había hecho en la vida. Faltar a la Ley. Supongo que ya no dudará de lo mucho que usted me interesa.
ALICIA.—¿Qué quiere decir? No entiendo una palabra.
PATRICIO.—Quiere decir que dentro de unos segundos entrará aquí Bernardo Martin. Sólo le pido una cosa, que sea breve. Lo más breve posible.

(*Vase.* ALICIA, *sin acabar de creer en sus palabras, queda, no obstante, pendiente de la puerta por la que desapareció* PATRICIO. *Sólo segundos después de salir el Fiscal, envejecido y vacilante entra* BERNARDO.)

BERNARDO.—¿Por qué habéis hecho esto?
ALICIA.—¿Puede extrañarte que yo haya querido verte?
BERNARDO.—No me extraña, pero haces mal. Yo pertenezco a un pasado que no ha de volver y lo mejor que puedes hacer es olvidarlo.
ALICIA.—¿Me crees capaz?
BERNARDO.—Desgraciadamente, me temo que ha de costarte algún trabajo, pero la vida se encargará de convencerte.
ALICIA.—Habría perdido veinte años de mi vida si durante ellos hubiera sido incapaz de aprender a pensar en los demás.
BERNARDO.—Nada puede hacerse por mí.

ALICIA.—¿Nada? Eso habrá que verlo.

BERNARDO.—¿No comprendes? Yo tengo ya muchos años. Quiere esto decir que el resto de mi vida está ya decidido.

ALICIA.—(*Con cariñosa severidad.*) Tú crees siempre saberlo todo. Sin embargo, ignoras muchas cosas. Por ejemplo, mi amistad con quien ha de juzgarte.

BERNARDO.—(*Sonriendo, a pesar suyo.*) Yo no creo saberlo todo. Te aseguro que no sé si seré condenado a diez, a catorce o a veinte años, pero lo que dije es que el resto de mi vida está decidido.

ALICIA.—(*Mintiendo.*) Te repito que desconoces cosas muy importantes. Te diré que mi familia intervendrá a tu favor en el proceso. ¿Tú sabías esto?

BERNARDO.—No. Pero eso no cambia las cosas. Mi vida ha acabado. (*Pausa.*) Además, Alicia, quizá sea así mejor.

ALICIA.—¿Por qué mejor?

BERNARDO.—Yo te quiero, Alicia, y ahora, entre rejas, me parece lógico no verte. En cambio, si un día recobrase la libertad, esconderme de ti sería muy doloroso.

ALICIA.—¿Y por qué esconderte de mí?

BERNARDO.—En la vida no se deben hacer las cosas a medias y cuando yo revelé el secuestro, sabía que en todo caso te perdía para siempre. Además, créeme, es mejor. Tú misma lo preferirás un día.

ALICIA.—¿Cómo puedes decir eso?

BERNARDO.—Ahora te parece monstruoso. Apenas acabas de dejarme, pero piensa en mí, como licen-

ciado de presidio, volviendo el día en que hayas enderezado tu vida.

ALICIA.—¿Qué ocurriría?

BERNARDO.—(*Lentamente.*) Que yo, mi presencia, te sería intolerable. (*Pausa.*) Pero no temas, nada de eso ha de producirse.

ALICIA.—¿Por qué dices que no ha de producirse?

BERNARDO.—¿No me ves, Alicia? Los médicos creen que todo es consecuencia de aquella pequeña herida, que al infectarse me dió un poco quehacer.

ALICIA.—¿Y por qué no han de tener razón?

BERNARDO.—¿Olvidas que yo sé algo de medicina? No, Alicia, lo que yo tengo es distinto. Me pasa como a las flores: que me marchito por falta de oxígeno. Yo te necesito a ti, y sin ti acabaré pronto. (*Pausa.*) Por eso puedes estar tranquila. Lo que los hombres decidan, será totalmente absurdo. Ellos resolverán privarme de libertad unos cuantos años y, de pronto, se encontrarán con que no pueden cobrarse en un pobre e infeliz cadáver. (ALICIA *llora.*) Vamos, Alicia, vamos. No llores. No quiero verte llorar. Acuérdate más bien de aquella promesa. Ir a aquel árbol, recobrar el tesoro y devolverlo a sus dueños. Así quedaré en paz con mi conciencia. Y, sobre todo, Alicia, no olvides una cosa: que no consigo arrepentirme de haberte tenido junto a mí todos estos años. Perdóname de todos modos.

ALICIA.—¿Perdonarte? ¿Sabes que te quiero como antes, verdad? ¿Como cuando quería y deseaba ser tu hija?

BERNARDO.—Sí, Alicia. Sé que me quieres, a pesar del daño que te he hecho.

ALICIA.—¡No digas eso!

BERNARDO.—Lo digo, pero te repito que no estoy arrepentido. Si yo a ti te hice daño, tú a mí me diste veinte años de felicidad.

(*Se estrechan las manos.*)

ALICIA.—Adiós, padre.

BERNARDO.—No, Alicia, no lo soy.

ALICIA.—Sí lo eres. Quiero que lo seas. Estoy contenta de que lo hayas sido.

TELÓN U OSCURO

CUADRO TERCERO

En el mismo escenario, días más tarde, hablan LUISA y PATRICIO.

PATRICIO.—Temo mucho que la condena de ese hombre pueda apartarla irremisiblemente de mí.

LUISA.—No dude, Patricio. La Justicia sólo tiene un camino.

LUISA.—Es posible que al principio se sienta herida. Pero su sentimentalismo lo curará el tiempo. Ella acabará comprendiendo la diferencia que hay entre un hombre que ataca la Ley y otro que la defiende.

PATRICIO.—Dios la oiga.

LUISA.—Dios oye al que sigue Su camino, Patricio. Y Su camino conduce al delincuente donde debe estar. Pagando su delito.

PATRICIO.—Me tranquiliza oírla hablar así.

LUISA.—(*Mirando a la ventana.*) Sea usted firme. Ahí viene Alicia. Yo le dejo. No quiero que me encuentre con usted.

(*Vase.* PATRICIO *examina algún libro de la librería. Luego se sienta con la cabeza entre las manos.*)

ALICIA.—(*Saliendo.*) ¿En qué piensa, Patricio? Tenía usted el aire de meditar algo importante.

PATRICIO.—Pensaba en lo que llevo pensando muchos días. En usted.

ALICIA.—Muy galante.

PATRICIO.—Dije la pura verdad. En cambio, usted no parece tener tiempo para pensar en mí, para pensar en nosotros.

ALICIA.—Estamos llegando al final de este capítulo, Patricio. Ya queda poco esfuerzo para su paciencia.

PATRICIO.—No se trata de paciencia. Lo malo es que se trata de lo contrario, de impaciencia.

ALICIA.—Como usted quiera. Ya, antes de que hablemos seriamente de nosotros dos, sólo falta tocar un extremo con absoluta libertad, para que, tanto usted como yo, podamos decir lo que pensamos, sin coacción de ningún género.

PATRICIO.—De acuerdo en hablar de todo lo que quiera.

ALICIA.—¿No adivina? Uno de estos días empieza a verse el proceso de Bernardo Martin.

PATRICIO.—¡Ah! ¡Otra vez Bernardo Martin! Ya hice por usted lo que no hubiese hecho por nadie.

ALICIA.—Comprendo que este tema le sea molesto, pero no tengo más remedio que plantearlo.

PATRICIO.—Más que molesto, es inadecuado. Tengo

por principio no hablar fuera de mis horas de temas profesionales y no suelo hacer excepciones ni siquiera con las personas de mi intimidad y afecto. Pero, en fin, por esta vez romperé ese principio.

ALICIA.—Gracias, Patricio.

PATRICIO.—El caso de Bernardo Martin es de los más claros que han pasado por mis manos. No hay jurado que ante los hechos pueda evitar condenarle. Además de que sus declaraciones no han podido ser más netas y su culpabilidad está fuera de duda. Esto es, aproximadamente, lo que creo que puede interesarle en relación con el caso.

ALICIA.—O yo no me explico, o no me entendió usted. A mí no me interesa qué es lo que la Ley decida para quienes cometen actos como los que él pudo realizar. A mí lo que me interesa es qué podemos hacer nosotros por él.

PATRICIO.—¿Nosotros?

ALICIA.—¿Cómo podemos ayudarle?

PATRICIO.—No es posible.

ALICIA.—A fuerza de estudiar Leyes, los ojos de ustedes acaban por deformarse. Bernardo es un hombre bueno.

PATRICIO.—No es usted quién tiene que decirlo, Alicia, sino el Jurado.

ALICIA.—De eso se trata, Patricio. Y eso en su mano está el conseguirlo. No le han de faltar testigos que hagamos de Bernardo la pintura justa. Sobre ella a usted le sería fácil...

PATRICIO.—No, Alicia; a mí me sería imposible.

ALICIA.—(*Irónicamente.*) ¿Esto es todo lo que usted sería capaz de hacer por mí? (*Pausa.*) ¿Por qué

pretende que me quiere? ¿Por qué me ha engañado fingiéndose enamorado de mí? No le importo nada.

(Finge unas lágrimas de decepción. Patricio, *engañado por esa actitud, se acerca a ella y la besa.* Alicia *pretende una resistencia, que aprovecha hábilmente para robar la cartera a* Patricio. *Luego le rechaza.)*

Alicia.—*(Duramente.)* Qué ha hecho usted?

Patricio.—Perdón, Alicia. Perdí la cabeza olvidando, además, que cuando una caricia no es compartida no tiene ningún valor.

Alicia.—No ha llegado aún el momento de hablar de eso. No hemos terminado con Bernardo.

Patricio.—Sí, Alicia. Me temo que de ese asunto no podamos seguir hablando.

Alicia.—Sólo una cosa entonces. ¿Puede explicarme cómo está dispuesto a casarse con quien es moralmente hija de un ladrón?

Patricio.—¡Bah! Las ideas raras de siempre. Usted es hija de Ricardo y Luisa. Nada tiene que ver con él.

Alicia.—¿Respirar veinte años su mismo ambiente no es nada?

Patricio.—Para sus pulmones sanos, nada ha significado tal ambiente.

Alicia.—¿Olvida usted que yo le quiero?

Patricio.—Eso no prueba más que sus buenos sentimientos.

Alicia.—Qué graciosos son ustedes los hombres de Leyes. Yo tengo buenos sentimientos y él es un delincuente. Palabras, palabras. Mientras no haya hechos, ustedes no se convencerán de lo contrario.

Patricio.—Así es.

ALICIA.—Pues bien, hechos tendrá. (*Saca solemnemente la cartera, que le ha robado, y se la enseña. El palpa su chaqueta vivamente sorprendido.*) ¿Va empezando a entender? Aquí tiene su cartera. La robé mientras fingía un rubor, que no sentía, al besarme usted. ¿Qué piensa usted ahora de mi parecido con ese hombre a quien va a condenar? ¿Podría aún casarse conmigo?

PATRICIO.—¡Bah! Puerilidades. Eso es un juego, no un robo.

ALICIA.—Es inútil que sigamos discutiendo. Usted tiene una mente especial y no puede ver nunca en mí una delincuente. ¿Cómo puede robar quien es rico? ¿No se ha hecho la Ley para defender precisamente a los poderosos de los ladrones? Como Bernardo Martin no era rico, él podía ser ladrón. Yo, aunque sea como él, tengo dinero y, lo más lo más que puedo ser, es una cleptómana inofensiva. (*En aquel momento suena el teléfono, que coge* ALICIA *y, tras escuchar, ofrece el auricular a* PATRICIO.) Es para usted. Le llaman de la Fiscalía.

PATRICIO.—Perdón. (*Ya en el aparato.*) Patricio Allen, ¿quién habla?... ¿Cómo?... ¿Cuándo fué?... Bien, bien... No, por ahora nada. Yo estaré ahí dentro de unos minutos. (*Volviéndose a* ALICIA.) No era para mí esta llamada.

ALICIA.—¿Que no era para usted?

PATRICIO.—No. Era para usted, Alicia.

ALICIA.—(*Súbitamente inquieta.*) ¿Quién llamaba?

PATRICIO.—De la Fiscalía.

ALICIA.—¿Entonces?

PATRICIO.—Tenían que decirme... que hace una hora falleció en la cárcel un detenido.

ALICIA.—(*Mordiéndose los labios y conteniendo una emoción que no quiere exhibir delante de* PATRICIO.) ¿De qué murió?

PATRICIO.—De un ataque al corazón. No sufrió. (*Pausa.*) Quizá pueda aún servirle de algo.

ALICIA.—Sí. Es posible que aún tenga que molestarle una vez más. Ahora, perdóneme, creo que prefiero estar sola.

(PATRICIO *sale y* ALICIA *esconde su cara entre las manos. Lentamente aparece el* PADRE MIGUEL, *que se acerca y acaricia torpemente la cabeza de* ALICIA. *Esta se vuelve un momento y, al ver la figura del viejo sacerdote, se siente más tranquila. De uno de sus bolsillos saca el* PADRE MIGUEL *un libro y lee.*)

PADRE MIGUEL.—"Y uno de los ladrones que estaba crucificado blasfemaba contra Jesús, diciendo: "Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros." Mas el otro le reprendía diciendo: "¿Cómo, ni aún temes a Dios estando como estás en el mismo suplicio? Nosotros, a la verdad, estamos en él justamente, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos, pero éste ningún mal ha hecho." Decía después a Jesús: "Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu Reino." Y Jesús le dijo: "En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso."

ALICIA.—(*Mirando fijamente al* PADRE MIGUEL.) Padre, ¿entonces Bernardo no es el primer ladrón que fué bueno en la historia del mundo?

PADRE MIGUEL.—No hija, no es el primero.

(*Le acaricia tiernamente la cabeza y sale. Tras un momento de pausa entra* RICARDO. *Después de dudarlo se dirige a* ALICIA.)

RICARDO.—Patricio, al salir, nos contó la muerte de ese hombre. Me ha costado llegar hasta ti. No me atrevía.

ALICIA.—¿Por qué?

RICARDO.—No sabía qué decirte. No encontraba palabras con qué consolarte. Al fin y al cabo, ese hombre y yo éramos rivales.

ALICIA.—No, Ricardo.

RICARDO.—No trates de engañarme. ¿Podrías negar que él fué de verdad para ti un padre?

ALICIA.—Claro que sí. Diga el mundo lo que quiera, mi padre fué él. En cambio tú...

RICARDO.—...¿yo qué?

ALICIA.—Es distinto, tú eres...

RICARDO.—¿No te atreves a seguir?

ALICIA.—Tú eres la persona que yo he querido más en mi vida.

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Días más tarde. La misma decoración que en el acto segundo. En escena el PADRE MIGUEL y LUISA.

LUISA.—No sé en el fondo, Padre, por qué le cuento todas estas cosas. Nuestras mentalidades son distintas. Usted es católico y yo protestante. Sin embargo, necesitaba confiarme en alguien.

PADRE MIGUEL.—Sigo creyendo que exagera usted.

LUISA.—No, Padre. La gente es mal pensada y nadie va a entender cómo Alicia haya podido despreciar ese partido espléndido que era Patricio Allen y se dedique, precisamente cuando el país acaba de entrar en guerra, a viajar por el país acompañada de su padre.

PADRE MIGUEL.—¿Con guerra o sin guerra, hay mejor compañía que la de un padre?

LUISA.—Un padre al que acaba de conocer apenas hace unos meses y que no tienen más edad que la de su pretendiente.

PADRE MIGUEL.—¿Pero en qué cabeza humana puede caber esa monstruosidad?

LUISA.—¿Es que usted no conoce todavía de lo que la gente es capaz?

PADRE MIGUEL.—Sí, sí. Peró no hay que exagerar el miedo a lo que ellos piensen. Por lo que se refiere a este viaje, espero que yo pueda tranquilizarla, aunque usted no aprobará que se fueran a recobrar la llamésmola herencia de Bernardo... No se asuste, sin embargo. El propósito es recobrar lo robado, para devolverlo a sus legítimos propietarios.

LUISA.—¿Y cree usted que un hombre como mi marido tiene por qué intervenir en estos sucios negocios?

PADRE MIGUEL.—En este caso, se trata de algo tan sagrado como es la restitución.

LUISA.—¿No existe una policía que pueda hacer eso mejor que él? En fin, ellos nos lo explicarán, porque creo que ese coche que acaba de deternerse en el suyo.

PADRE MIGUEL.—Yo la dejo. Voy a la capilla un momento. Volveré luego a saludarles.

LUISA.—Gracias por su compañía, Padre.

PADRE MIGUEL.—Por Dios, señora, es mi oficio.

(*Sale, y en seguida entran* RICARDO *y* ALICIA *en traje de viaje.*)

RICARDO.—¿Qué tal, Luisa? ¿Cómo pasaste estos días?

LUISA.—¿Cómo quieres que los haya pasado?

RICARDO.—No te entiendo.

LUISA.—Perdonadme que os diga que estáis jugando con fuego. Es absurdo que tú hayas comprado la casa de ese hombre y luego os hayáis ido a pasar tres días allí. Las gentes necesitan explicación de todo y cuando no se les da una satisfactoria, ellas saben encontrarla al precio que sea.

RICARDO.—No desorbites las cosas, Luisa. Había algo que recobrar y la presencia de los demás hubiese sido un poco indiscreta. No creas que es agradable conducir tantas horas.

LUISA.—No veo la necesidad de que te hagas cómplice de un ladrón, ni siquiera después de muerto éste.

ALCIA.—Se trata precisamente de devolver lo robado.

LUISA.—No es esa la misión de tu padre.

RICARDO.—Quizás tengas razón. Pero, en fin, ahora ya es un poco tarde. Con tu permiso, voy a darme un baño, porque estoy muerto de frío.

(*Vase.*)

ALICIA.—Yo voy a imitarte.

LUISA.—(*A* ALICIA, *que está a punto de hacer mutis.*) ¿Te importaría, Alicia, esperar un momento? Quisiera hablar contigo.

ALICIA.—(*Enfrentándose con* LUISA.) Tú dirás.

LUISA.—¿Supongo que no ha habido ninguna alteración en tus sentimientos estos últimos días?

ALICIA.—¿A qué sentimientos te refieres?

LUISA.—Pensaba, concretamente, en Patricio Allen.

ALICIA.—¡Ah! No, desde luego. Aquéllo está perfectamente acabado.

LUISA.—(*Tras una pausa.*) ¿Y hay alguien que signifique algo para ti? En ese sentido, me refiero.

ALICIA.—No, nadie.

LUISA.—Esto empeora las cosas.

ALICIA.—No entiendo.

LUISA.—Hablemos claro, Alicia. Las gentes, si ya no lo han hecho, acabarán fijándose en ti. A pesar de tus pocos años, y con excepción de Patricio, rehuyes la compañía de hombres de tu edad y te dedicas a viajar en compañía de tu padre, sin un mal criado que os acompañe. Añade a esto que tú empiezas por decir que no lo sientes padre tuyo, que no te recatas en llamarle Ricardo, con la sorpresa de todos los que te oyen.

ALICIA.—(*Mirándola y tras una pausa.*) Te juro que no sé lo que quieres decir.

LUISA.—Quiero decir que la gente, si no ha empezado, no tardará en encontrar una explicación a tu extraña conducta. Y me temo mucho que la razón que encuentre sea de las que manchan el honor de toda una familia.

ALICIA.—(*Retrocediendo como si hubiese sufrido un golpe.*) ¿Pero cómo puedes suponer que haya gente capaz...?

LUISA.—¿Puedes tú misma darme una razón de tu conducta, explicar el alejamiento de los hombres de tu edad? ¿Puedes explicar el fracaso de tu relación con Patricio? ¿Puedes justificar el viaje a solas con tu padre? (*Pausa.*) ¿No encuentras qué contestar, verdad?

ALICIA.—Me siento profundamente inocente de todo para necesitar explicar nada.

LUISA.—No basta con sentirse inocente. Es preciso que los demás nos tengan por tal.

ALICIA.—¿Los demás? Tú eres uno de los demás. ¿Qué piensas tú?

LUISA.—(*Elusiva.*) No se trata de mí.

ALICIA.—¡Cómo que no se trata de ti! ¿Ha pasado también por tu imaginación esa enormidad que insinúas? Di, contesta. ¿Has podido tú pensar eso que temes que la gente pueda creer?

LUISA.—(*Confusa.*) ¿Cómo podía pensarlo? Pero lo que hay que evitar es que pueda pensarlo nadie.

ALICIA.—Sí, hay que evitarlo. ¿Qué importa que yo en pocos meses haya visto destruída una vida y no encuentre otra que la sustituya? ¿Qué importa que, de pronto, me encuentre huérfana de afectos, porque unos los prohibe la Ley y otros me los impide el peligro de la murmuración? Paciencia. Lo importante es esta casa, esta familia, vuestro nombre. Yo soy lo de menos.

LUISA.—Si me he permitido aconsejarte, es en tu propio beneficio. Por otra parte, puedes hacer lo que quieras. Dios quiera que yo me equivoque .

(*Inicia* LUISA *el mutis y* ALICIA *la detiene.*)

ALICIA.—Un momento, ¿me puedes decir qué cantidad era la que pedía Bernardo Martín por mi rescate?

LUISA.—Cien mil dólares.

ALICIA.—No era demasiado.

LUISA.—(*Agresiva.*) No se trataba de dinero.

ALICIA.—¿De qué entonces?

LUISA.—De la Ley. Era duro, pero había que cumplirla.

(*Reinicia el mutis y está en la misma puerta cuando* ALICIA *pronuncia las últimas palabras.*)

ALICIA.—¿Pagarías hoy cien mil dólares porque yo no hubiera vuelto a esa casa?

(*Pausa larga llena de tensión; luego, violentamente hace mutis* LUISA. ALICIA *la mira salir y luego hace mutis igualmente.*)

PADRE MIGUEL.—(*Entrando con* ANA.) ¿Y a ti te afecta la guerra?

ANA.—¿A quién no le afecta, Padre? Ya ha leído usted que todo el país tiene que apoyar el hombro en un esfuerzo común. Hay que devolver el golpe recibido de los japonses.

PADRE MIGUEL.—Lo que yo te preguntaba es que si, aparte del hombro, ibas tú a ofrecer algo más a la Patria.

ANA.—¡Qué cosas tiene usted!

PADRE MIGUEL.—Veo por tu respuesta que sí. ¿Qué? ¿Hubo reconciliación, eh? Claro. Por otra parte, no era difícil imaginarlo. Ahora no va a pasar como en la mía, la del catorce. En esta guerra casi todos serán los que tendrán que ir. (*Sonriendo con picardía.*) Esto no creas que es malo. Aunque a nosotros nos dará mucho trabajo. En estas ocasiones graves suele aumentar el número de matrimonios. Conque ¡suerte, Ana! Y anda, avisa a tu señorita.

(*Sale* ANA *y a poco entra* ALICIA.)

ALICIA.—¿Qué tal, Padre? No sabe las ganas que tenía de verle.

PADRE MIGUEL.—¿Cómo fué ese viaje?

ALICIA.—Muy bien, Padre. ¿Y el suyo? ¿Consiguió ver a esas gentes?

PADRE MIGUEL.—Todos los objetivos logrados. Si nuestro país acaba tan rápidamente como yo, la guerra iba a durar poco.

ALICIA.—¿Entonces todo salió bien?

PADRE MIGUEL.—¿Que si salió bien? Aceptaron encantados el dinero. Habían perdido la esperanza de recobrar las alhajas y cuando les dije que, en confesión, alguien me había ofrecido preferentemente la indemnización por dinero, aun cuando si insistían obtendrían las joyas, ellos pensaron que más vale pájaro en mano y aceptaron en seguida los billetes que les ofrecía.

ALICIA.—¿Hubo bastante?

PADRE MIGUEL.—Todavía sobró mucho.

(Le tiende unos billetes.)

ALICIA.—No, no sobró nada. Eso es para sus pobres y su iglesia.

PADRE MIGUEL.—¿Pero está loca? ¡Es un disparate! ¿Se ha propuesto usted arruinar a los Sullivan?

ALICIA.—No se preocupe.

PADRE MIGUEL.—Que Dios se lo pague, entonces. Y ahora le toca hablar a usted. Creo que tenía usted alguna cosa que decirme.

ALICIA.—Sí, Padre Miguel. Es usted la única persona a quien en estos momentos me puedo confiar. Acabo de hablar con ella, con mi madre, y no sé qué veneno me ha metido en la sangre.

PADRE MIGUEL.—¿Qué le ocurre?

ALICIA.—Desde que llegué aquí he visto aumentar crecientemente mi afecto por Ricardo. Sin embargo,

nunca, ni ahora siquiera, acabo por ver en él a mi padre.

PADRE MIGUEL.—¿Y esa ausencia de carácter filial en su cariño hace en modo alguno menos noble su ternura?

ALICIA.—No, yo creo que no.

PADRE MIGUEL.—Pues entonces... No hay que ignorar el peligro, pero tampoco hay que aumentarlo. Es humano que de la noche a la mañana no pueda verse a un padre en un ser hasta entonces desconocido. Basta con saber que la ley moral y la ley humana ponen una barrera para todo sentimiento que no sea de una ternura totalmente espiritual.

ALICIA.—Nunca pensé en ello. Sentí de pronto que Ricardo era un hombre digno de quererse y empecé a quererle, pero no porque era mi padre, sino porque era él.

PADRE MIGUEL.—El resultado es que por un camino u otro usted está queriendo a su padre. Veo motivos para dar gracias a Dios, pero no para arrepentirse de ello. Lo importante, Alicia, es tener el corazón limpio. Si tiene usted dos minutos que perder, le contaré una pequeña historia.

ALICIA.—(*Sonriendo.*) ¿Una historia suya?

PADRE MIGUEL.—Sí. Fué precisamente aquí. Acababa yo de salir del Seminario y me había hecho cura por verdadera vocación. Era tosco, como las personas de mi familia, pero despejado, lleno de las mejores intenciones. Fué mi primer puesto este de Coadjutor junto a un santo anciano que, más en el cielo que en la tierra, entregó todo en mis inexpertas manos. Yo debía establecer contacto con mis

feligreses el primer domingo de Cuaresma. El Párroco decía la Misa y yo debía predicar el sermón. Puede usted imaginar cómo lo preparé. Subí al púlpito y en medio de mi corta concurrencia, aquí somos pocos católicos, hice mi prédica. Terminaba ya cuando la vi, sus ojos clavados en los míos. Me descompuse y miré hacia el altar. Sí, la Virgen continuaba allí, aunque yo, un momento, viendo a aquella mujer en mi auditorio, pensé que hubiera descendido milagrosamente. Ya le dije que soy hombre duro y supe dominarme y acabar mi sermón, pero en la sacristía, mientras el Párroco terminaba la Misa, llevé como dos lanzas de fuego clavadas en mi alma aquellos dos ojos. Cuando el viejo cura volvió, me abrazó con lágrimas en los ojos. "¡Muy bien, hijo; tú eres el que necesitábamos!" Luego entró ella. Ella era la madre de Ricardo Sullivan.

ALICIA.—Todos dicen que tengo con ella un parecido asombroso.

PADRE MIGUEL.—Sí; sólo que ella tenía unos ojos azul clarísimo. En un cuadro del Seminario había una Virgen que fué mi confidente en esos primeros años en que la vocación debe sortear las fuertes tentaciones que arden en los años de la adolescencia. Supe luego que su abuela era italiana y comprendí el parentesco espiritual de aquella mujer con la Virgen pintada por un compatriota suyo. Su recuerdo fué obsesionante durante toda la semana. Por fin, el segundo domingo volví a verla. Mi conciencia me exigía concentrarme en lo que decía y con Dios sabe qué esfuerzos lo conseguí, pero temeroso de no poder seguir manteniendo esta ten-

sión tan violenta, el mismo lunes me arrodillé a los pies del viejo Párroco y le pedí autorización para huir. Aún oigo sus palabras. "¿Huir como si fueras un criminal? No; debes quedarte y vencer. Porque la ternura Dios la puso en nuestro corazón y el darla a nuestros semejantes nada tiene que no sea perfectamente lícito y natural." (*Pausa.*) Aquellas palabras me tranquilizaron y fuí capaz de dominarme en el púlpito y no sentirme avergonzado por una ternura que sentía por aquella mujer a quien apenas había dirigido la palabra. Pocos meses después murió el Párroco y con sorpresa mía, a una edad impropia, fuí nombrado para sustituirle. Cuando fuí a agradecer al Obispo la designación, comprendí que había sido precisamente por presión de su abuela. Tuve que venir a darle las gracias, y ella, adivinando sin duda todo lo que por mi alma pasaba, me desarmó diciéndome que era parecido a un hermano suyo muerto, que había querido ser sacerdote. Tampoco ella tardó mucho en morir, y yo entonces, Alicia, libre de toda atadura corporal que hubiera podido ser un escrúpulo para mi alma, hice un culto de su memoria.

ALICIA.—¿Contó muchas veces esta historia, Padre?

PADRE MIGUEL.—Sólo dos personas la oyeron: el viejo Párroco y usted.

ALICIA.—Y a mí, ¿por qué me la contó?

PADRE MIGUEL.—Para que sepa usted que yo no veo nada malo en que usted quiera a su padre.

ALICIA.—¿No hay nada malo en quererle, aunque no lo sienta padre mío?

PADRE MIGUEL.—Ese es su único error. Pero los años la sacarán de él.

ALICIA.—Entónces, ¿los temores de mi madre?

PADRE MIGUEL.—En el fondo hay un poco de celos. Celos muy humanos en quien fué incapaz de llenar la vida de un hombre que apenas la recobró a usted recuperó su vitalidad y su alegría.

ALICIA.—¿Y de ese peligro de que las gentes puedan hablar?

PADRE MIGUEL.—Contra eso sólo cabe la prudencia. Dios hará lo demás.

ALICIA.—¿Cree usted que Dios se ocupa de estas cosas tan pequeñas?

PADRE MIGUEL.—¿Son pequeñas para usted?

ALICIA.—Para mí, no.

PADRE MIGUEL.—¿Entonces? Sea usted prudente y Dios hará lo demás. No provoque a las gentes, pero tampoco las tema demasiado.

RICARDO.—(*Entrando.*) Donde diablos dejé mi maletín. Perdón, Padre. ¿La está usted convirtiendo?

ALICIA.—Figúrate que estamos hablando de negocios. Todo quedó arreglado a las mil maravillas. Gracias a ti y al Padre soy propietaria de unas joyas magníficas.

RICARDO.—Será necesario ir pensando en asociarse con usted. Parece que no se da mala maña.

PADRE MIGUEL.—No hable usted tan seguro. ¡Si supiera la participación que llevo en el bolsillo! Y ahora, perdón, pero tengo que irme a casa.

ALICIA.—(*A Ricardo.*) ¿Y si lo acompañásemos?

RICARDO.—¡Magnífica idea! Me bañaré luego.

PADRE MIGUEL.—En pago les ofreceré un whisky que, modestia aparte, no creo que se beba mejor ni en esta misma casa.

TELÓN U OSCURO

CUADRO SEGUNDO

Semanas más tarde. En escena LUISA y ANA.

LUISA.—¿Volvió la señorita?

ANA.—Sí. Entró hace poco. Venía vestida de enfermera. Le cae muy bien el uniforme.

LUISA.—Supongo que no será sólo por eso por lo que decidió ir al hospital. Los heridos también tienen su importancia.

ANA.—Sí, claro.

LUISA.—Si se cambió ya, dile que venga.

ANA.—Sí, señora. (*Camina para cumplir la orden y al llegar a la puerta se detiene.*) Perdone, señora. Quería pedirle que me permitiese salir hoy una hora antes.

LUISA.—Por mi parte no hay inconveniente. Habla con la señorita. Supongo que no te ocurre nada desagradable.

ANA.—Por un lado, sí; por otro, no.

LUISA.—No entiendo.

ANA.—Esta tarde sale un destacamento de soldados. Entre ellos....

LUISA.—Entre ellos va uno que te interesa. Bueno. Que sea para bien. Avisa a la señorita, anda.

(*Vase* ANA *y poco después entra* ALICIA.)

ALICIA.—¿Me llamabas?

LUISA.—Sí. Tengo que darte una gran noticia.

ALICIA.—¿De qué se trata?

LUISA.—De tu padre. ¿No has notado nada raro en él estos últimos días?

ALICIA.—Pues a decir verdad, sí. Lo he encontrado más optimista, más alegre. Parece otro.

LUISA.—Es otro. Desde que viniste tú es otro.

ALICIA.—Lo dices de un modo que pareces lamentar mi llegada.

LUISA.—Ahora no se trata de ti. Se trata de él.

ALICIA.—Bueno, ¿y qué le ocurre a él?

LUISA.—¿Qué le ocurre? Algo importante. Tu padre se ha alistado y sale esta tarde para el frente.

ALICIA.—No es posible.

LUISA.—No debiera serlo, por lo menos. Pero así es. ¿De veras tú no sabías nada?

ALICIA.—Ni una palabra.

LUISA.—No te lo habrá dicho para que no impidieras sus planes.

ALICIA.—No me lo habrá dicho para evitarme ese disgusto. Yo no hubiera impedido sus planes.

LUISA.—¿Te parece bien que un hombre de su edad, al frente de una empresa importantísima, se vaya a jugar a la guerra?

ALICIA.—No he dicho que me parezca bien. Lo que me parece es lógico.

LUISA.—¿Es que con hombres de su edad va a ganarse la guerra?

ALICIA.—El no se va por la guerra.

LUISA.—¿Por qué se va entonces?

ALICIA.—El quiso irse siempre. La guerra sólo es un pretexto.

LUISA.—Eso es un absurdo. Hace más de veinte años vivo junto a él.

ALICIA.—Yo sólo lo conozco hace meses. En cambio, a mí no me sorprendió su marcha y a ti sí.

LUISA.—Dejemos esto. No nos pondríamos de acuerdo. No te llamé para discutir. Te llamé para que le pidas que no se marche. He hablado con el General y él está dispuesto a dejarlo aquí. Piensa, como yo, que es en las fábricas más útil que en el frente.

ALICIA.—¿Por qué no se lo pides tú?

LUISA.—Lo hice ya. Pero ha sido inútil. Tú tendrías más fuerza.

ALICIA.—¿Pedirle que se quede? ¿Tengo derecho a intentarlo?

LUISA.—Tienes más que derecho; tienes la obligación.

ALICIA.—¿Y si yo te dijese que comprendo perfectamente su decisión?

LUISA.—No se trata de ti, se trata de él.

ALICIA.—Si se tratase de mí, intentaría detenerle. Porque se trata de él, no puedo obstaculizar su marcha. No puedo, porque estoy segura de que hace bien.

LUISA.—¿Hace bien al abandonarnos, al abandonar esta casa y esta vida?

ALICIA.—Llevas más de veinte años junto a él. ¿Te has preguntado muchas veces si esta casa y esta vida tenían el suficiente atractivo para retenerlo?

LUISA.—Hasta que tú llegaste no creo que él mismo se hiciera esa pregunta.

ALICIA.—Yo sí lo sé. Ahí en esa mesa tienes escritas

las respuestas a las mil preguntas que se hizo. Ahí están las pruebas de que esta decisión que hoy va a tomar en la realidad la tomó muchas veces en sueños.

LUISA.—Muchas confidencias te hizo.

ALICIA.—¿Intentaste tú que él te hiciese alguna?

LUISA.—No. No lo intenté.

ALICIA.—Por otra parte, mi gestión sería inútil. Nada hay más fuerte que la decisión de un indeciso.

LUISA.—Sabía que hablarte no conduciría a nada. Sin embargo, tenía obligación de intentarlo. Perdona de todos modos que te haya molestado.

ALICIA.—Perdona tú que no pueda ayudarte.

LUISA.—Si él me necesita, estoy arriba.

(*Vase.* ALICIA *se sienta en la ventana de espaldas al jardín. A poco se ve a* RICARDO *que desde fuera pretende entrar.*)

RICARDO.—¿Quieres apartarte un poco?

ALICIA.—(*Volviéndose.*) ¿Te has vuelto loco?

RICARDO.—(*Después de saltar.*) No. Llevo unos días en que estoy haciendo lo que quiero y esto es algo que secretamente me apetecía desde que llegaste a esta casa. Sólo por miedo me contuve y últimamente creo que lo voy perdiendo.

ALICIA.—Aparte de saltar por la ventana, ¿hay algo más que te propongas hacer?

RICARDO.—Esa es una pregunta que tardará muy poco en ser contestada. ¿Y tú no saliste hoy con tus amigos?

ALICIA.—No; hoy me pasé la mañana en el Hospital.

RICARDO.—Es verdad. Olvidaba que estás entregada a la Medicina.

ALICIA.—(*Viéndole dirigirse hacia la puerta.*) ¿No te quedas aquí un rato?

RICARDO.—Te acompañaría con mucho gusto, pero tengo mil cosas que hacer. Mil cosas que hacer y muy poco tiempo para hacerlas. Demasiado poco, Alicia.

(*Vase.*)

ANA.—(*Entrando.*) Señorita, perdone, quería pedirle algo.

ALICIA.—Tú dirás.

ANA.—¿Le importaría dejarme libre la tarde de hoy?

ALICIA.—Claro que no. Sí, Ana, diviértete cuanto puedas. (*Observando la actitud de* ANA.) ¿Te ocurre algo? Tienes una cara rara.

ANA.—Sí, señorita. Me pasa una cosa muy buena y muy mala.

ALICIA.—¿Buena y mala a la vez?

ANA.—El se va esta noche.

ALICIA.—Eso es lo malo.

ANA.—Y antes de irse...

ALICIA.—Te ha dicho que te quiere.

ANA.—¿Quién se lo ha dicho?

ALICIA.—Tú, Ana.

ANA.—¿Yo?

ALICIA.—Sí. ¿No te has mirado al espejo? Nunca vi unos ojos más felices. Anda, corre. No pierdas un minuto. El te espera.

ANA.—Gracias, señorita, gracias.

(*Vase.*)

LUISA.—(*Entrando con* RICARDO.) ¿Le dijiste ya a tu hija la locura que vas a hacer?

RICARDO.—Luisa, te repito que no es locura. (*A* ALICIA.) Me he alistado y debo incorporarme dentro de pocos minutos. Creo que salimos esta noche. (*A* LUISA.) Pero puedes estar tranquila. Todo está arreglado. Mi falta no se echará de menos.

LUISA.—Supongo que será inútil tratar de saber los motivos que te hacen abandonar tu casa y tus negocios.

RICARDO.—Mi país está en guerra...

LUISA.—Y además...

RICARDO.—Además nada.

LUISA.—¿Me vas a hacer creer que a tus años un invencible heroísmo te llama a defender la Patria, que te necesita más aquí que en los campos de batalla?

RICARDO.—Si queremos ser absolutamente sinceros, tendríamos que confesar que ni aquí ni allí me necesita demasiado. Sin embargo, éste es un criterio quizá cercano a la realidad, pero excesivamente cínico.

LUISA.—¿Entonces?

RICARDO.—Las cosas, Luisa, no se hacen por una razón; se hacen generalmente por una serie de razones. De un lado, y muy en primer lugar, el deseo de ser útil al país con las armas; luego, ya sabes que siempre sentí deseo de conocer Europa y... qué sé yo.

ALICIA.—(*Temblando por la violencia.*) Y también el miedo a que las gentes pudieran encontrar a cualquier precio una explicación a este afecto nuestro

que tan prodigiosos cambios ha realizado en él en poco tiempo.

RICARDO.—(*Deseando cambiar la conversación.*) Comprendo que debía haberos advertido antes, pero no quería alarmaros inútilmente. Preferí no decíroslo hasta el último momento. Por lo demás, no debéis preocuparos. Mi edad y mi situación es seguro que me consigan un puesto relativamente tranquilo.

LUISA.—¿Tu equipaje está preparado?

RICARDO.—Sólo necesito un pequeño maletín que ya está listo.

LUISA.—¿Sales ahora mismo?

RICARDO.—De un momento a otro deben pasar a recogerme.

LUISA.—¿Hay algo especial que debas encomendarme?

RICARDO.—Nada. Todo lo que al negocio se refiere quedó perfectamente en orden. Además, hay que suponer que mi ausencia no será larga y que pronto estaremos todos de vuelta. (*Pausa violenta.*) Os escribiré a menudo. Me gustaría que vosotras me escribieseis también de cuando en cuando.

ALICIA.—Todas las semanas tendrás una carta mía.

(*Fuera suena un claxon.*)

RICARDO.—Esto es para mí. (*Entra un momento a recoger el abrigo y el maletín, y vuelve. A* LUISA, *abrazándola.*) Dios te bendiga, Luisa.

LUISA.—Que El te proteja.

RICARDO.—(*A* ALICIA.) Se feliz, Alicia, se feliz.

(ALICIA *solloza y segundos después se oye el ruido del motor que se aleja.* ALICIA, *frente a* LUISA, *consi-*

gue detener sus lágrimas. Están las dos frente a frente y tras una larga y agresiva pausa, es LUISA *quien habla primero.)*

LUISA.—Puedes estar contenta. Se va por ti.
ALICIA.—No. No lo creas. Se va por ti.

TELÓN U OSCURO

CUADRO TERCERO

Meses más tarde. Un árbol de Navidad sitúa la época. En escena, sola, ALICIA pasea nerviosamente.

PADRE MIGUEL.—(*Entrando.*) El médico dice que el peligro ha pasado.
ALICIA.—¿El envenenamiento fué premeditado?
PADRE MIGUEL.—Sobre eso caben pocas dudas... El médico dice que espera un hijo.
ALICIA.—¿Puedo ir a verla?
PADRE MIGUEL.—El médico ha dicho que no, que hasta mañana nadie la moleste. Está muy débil y, además, puede usted imaginar el choque moral que ha sufrido.
LUISA.—(*Saliendo.*) Me alegro de encontrarle, Padre. Sabía que estaba usted aquí.
ALICIA.—Le llamé yo.
LUISA.—El Padre tiene entrada libre en esta casa siempre que quiera. ¿Puedo saber, sin embargo, si esta noche tenía su visita una razón especial?
PADRE MIGUEL.—(*Al borde de la mentira.*) Una razón especial..., pues no; en el fondo... yo actúo siempre por motivos del oficio...

LUISA.—¿Sería usted capaz de mentir, Padre Miguel?

ALICIA.—Yo llamé al Padre Miguel porque Ana se encontraba enferma.

LUISA.—(*Con intención.*) ¿Enferma? ¿Algo de cuidado?

ALICIA.—Parece que está fuera de peligro.

LUISA.—¿Y no sería mucho pedir que yo me enterase de qué género de enfermedad es el suyo?

ALICIA.—(*Comprendiendo que es inútil la escapatoria.*) Lo que tuvo Ana no puede calificarse de enfermedad.

LUISA.—¿Entonces?

ALICIA.—Ana trató de suicidarse esta tarde.

LUISA.—¿Se ignoran las razones?

ALICIA.—¿Quién puede saberlas?

LUISA.—¿Quién? Yo trataré de explicártelas dentro de unos días. Mientras tanto, tengo que decirte que en el momento en que esa mujer esté totalmente bien, deberá abandonar esta casa.

ALICIA.—Pero no te das cuenta...

LUISA.—(*Firmemente.*) No discutamos. En esta casa aún mando yo y en ella no caben gentes de esta clase. Buenas noches, Padre.

(*Vase.*)

PADRE MIGUEL.—No le haga demasiado caso. Dios nos ayudará a encontrar una solución.

ALICIA.—No es ella quien me preocupa ahora. Ella ya está a salvo.

PADRE MIGUEL.—¿Entonces?

ALICIA.—Ayer oí las radios enemigas. La ofensiva era terrible. La división estaba casi cercada.

PADRE MIGUEL.—¿A quién se le ocurre oír las estaciones enemigas? Si su padre lo supiese, no aprobaría su conducta. No hay más verdad que una. La guerra está acabando y no puede acabar más que victoriosamente.

ALICIA.—Es verdad. Ayer recibí carta suya. Es imposible creer que la alegría de su carta no esté unida a la de una gran victoria definitiva.

PADRE MIGUEL.—Naturalmente.

ALICIA.—(*Saca un papel releído del bolsillo.*) Mire lo que decía. (*Lee.*) "Mañana, día 2, vino al mundo, hace veinte años, la más maravillosa de las hijas. En su honor, unos soldados beberán generosamente. Su teniente te envía veintiún abrazos. *Ricardo.*"

PADRE MIGUEL.—Y yo sin acordarme del cumpleaños. ¡Qué cabeza la mía!

ALICIA.—(*Obsesionada.*) La carta fué escrita hace doce días. Ahora está en el sector del ataque. Llevan cinco o seis días de un combate tremendo. En el mismo comunicado lo dice.

PADRE MIGUEL.—¡Déjese de pensamientos negros!

ALICIA.—Tiene razón. Además, estos días de Navidad no puede ocurrir nada malo, ¿verdad, Padre?

PADRE MIGUEL.—Claro, hija, claro.

(*En ese momento un* CRIADO *entra con una bandeja, sobre la que hay un telegrama abierto, que ofrece a* ALICIA.)

CRIADO.—La señora le envía este telegrama.

(*Vase.* ALICIA *con aprensión lee el telegrama y palidece, pero no llega a llorar. Lo tiende al* PADRE MIGUEL.)

ALICIA.—(*Con voz traspasada, pero firme.*) El corazón engaña pocas veces. ¿Quiere usted leerlo? (*Viendo que el* PADRE *va a leerlo en voz baja.*) No; hágalo en voz alta. Mis ojos ya lo vieron, ahora necesito que mis oídos lo oigan.

PADRE MIGUEL.—(*Muy emocionado.*) "Lamentamos informar la muerte heroica del Teniente Ricardo Sullivan, ocurrida el día 4." ¡Es horrible!

ALICIA.—¿Horrible? No sé.

PADRE MIGUEL.—Haga un esfuerzo por llorar. Las lágrimas la tranquilizarían.

ALICIA.—De verdad le aseguro que estoy tranquila. ¿Se acuerda de hace unos meses, antes de irse él? ¿El día que usted me hizo su confidencia? Recuerdo que me dijo algo que me impresionó muy hondamente. Hablaba de ella, de mi abuela. Y al decir que había muerto, añadió: "Entonces, libre de toda atadura corporal que hubiera podido ser un escrúpulo para mi alma, hice un culto de su memoria." Por eso estoy tranquila, Padre. Porque ya puedo quererle a mis anchas.

PADRE MIGUEL.—No olvide a su padre, pero tampoco olvide a Dios. Aunque no lo crea, El no la ha abandonado.

ALICIA.—¿No he de creerle? El debió ponerle a usted en mi camino. ¿Qué hubiese sido de mí todos estos meses sin su compañía? ¿Qué sería de mí ahora sin usted?

PADRE MIGUEL.—Fácil es de conformar. Bien poco he podido hacer por usted.

ALICIA.—Hizo mucho y aún tendrá que hacer algo.

¿Quiere usted prestarme una cama donde dormir esta noche?

PADRE MIGUEL.—¿Pero va a abandonar esta casa?

ALICIA.—Hoy mismo. Ahora mismo.

PADRE MIGUEL.—¿No sería mejor hacer un pequeño esfuerzo y guardar las apariencias?

ALICIA.—Todo menos eso. Veinte años estuvo guardándolas inútilmente él. ¿Cree usted que no es bastante?

PADRE MIGUEL.—¡Pero dejarla sola, precisamente hoy!

ALICIA.—¿No lo estuvo siempre?

PADRE MIGUEL.—De todos modos no es cristiano.

ALICIA.—¿Prefiere usted que vaya a un hotel? Después de todo, una noche pasa pronto.

PADRE MIGUEL.—¿Sólo una noche?

ALICIA.—Mañana saldré de esta ciudad.

PADRE MIGUEL.—Entonces, realmente...

ALICIA.—¿Cuento con esa cama?

PADRE MIGUEL.—Dios me lo perdone si es un error.

ALICIA.—Gracias, Padre. Y ahora vaya a buscar el coche. En tanto yo haré las cosas que aún me quedan por terminar.

PADRE MIGUEL.—Está bien. En dos minutos me tiene de vuelta.

(*Vase.* ALICIA *recorre lentamente la habitación. Va al ventanal. Luego se acerca a la butaca cerca del sitio en que* RICARDO *solía trabajar. Finalmente llega hasta el medallón del dios Jano y acaricia sus dos cabezas. Cuando está en tal actitud entra* LUISA, *ya enlutada.*)

LUISA.—Tu trabajo terminó. Ahora lo hemos perdido para siempre.

ALICIA.—No. Ninguna de las dos lo perdimos.

LUISA.—¿Es que no te has enterado de su muerte?

ALICIA.—A pesar de ello, yo no le he perdido. En cuanto a ti..., tú no podías perderlo, porque nunca lo tuviste.

LUISA.—¿Qué sabes tú, desgraciada? ¿Qué sabes tú de él ni de mí?

ALICIA.—Sé todo lo que vi y, sobre todo, todo lo que adiviné.

LUISA.—Ten la mínima elegancia de olvidar tu veneno por unos instantes. Sería más útil estudiar una fórmula que, salvando las apariencias, no nos obligue a vivir juntas bajo este mismo techo.

ALICIA.—¡Salvar las apariencias! ¡Otra vez esa frase! En esta casa eso es lo importante. Pero no te preocupes. El problema quedará pronto resuelto.

LUISA.—¿Puedo saber cómo?

ALICIA.—Me voy de esta casa.

LUISA.—Un poco tarde.

ALICIA.—¿Qué quieres decir?

LUISA.—Que si no hubieses vuelto nunca, tu padre estaría vivo y mi vida no estaría arruinada.

ALICIA.—Es posible que lo que dices sea cierto. Mi padre estaría vivo y tan mortalmente aburrido como los veinte años que le obligaste a vivir a tu lado.

LUISA.—¡Tu reacción es nobilísima! No en balde viviste veinte años entre gentes que no supieron nunca lo que era el honor.

ALICIA.—¿Tendré que recordarte que viví esos vein-

te años con ellos porque tú te negaste a rescatarme?

LUISA.—Te dije ya que no se puede pactar con delincuentes.

ALICIA.—No sé si tienes razón. Pero tampoco se debe poder vivir sin un hijo de pocos meses que nos acaba de ser robado. Un ser indefenso e incapaz de defenderse.

LUISA.—Dios puso el dolor en el mundo. Aceptarlo con resignación es un mérito a sus ojos.

ALICIA.—¡Pobre padre! Pensar que vivió veinte años a tu lado.

LUISA.—Te repito que estaría aquí si no fuera por ti.

ALICIA.—Sí, aquí. Escondiéndose por la noche para escribir unas poesías que tú nunca leíste. Haciendo viajes, con la ayuda de libros, por países que nunca pudo recorrer. Sonriendo a cosas que no oía siquiera. Llorando a una hija que tú no le dejaste recobrar.

LUISA.—(*Con violencia.*) Viviendo como las personas decentes.

ALICIA.—(*Sin oírla, con voz monótona.*) Y de pronto llegué yo: la hija dos veces mal recibida. Sí, sí. No me ha sido difícil oír la historia. Tú necesitabas un heredero, un hombre para las fábricas de Sullivan, y, en vez de eso, llegué yo, una mujer. Y por si fuera poco, mi nacimiento te dejó estéril y te tuvo a la muerte. Cuando me raptaron debiste respirar.

LUISA.—(*Impresionada a su pesar.*) ¿Quién te ha contado todas esas fantasías?

ALICIA.—Las saben muchos. Vive aún el médico que te operó y que, por cierto, nunca más pisó esta casa. Viven los criados. Viven los policías que asis-

tieron a tu rotunda negativa de pagar el rescate.

LUISA.—No sería tan descabellada la idea cuando tu padre acabó accediendo.

ALICIA.—(*Amenazadora.*) ¡Eh, cuidado! ¡Tú, virtuosa mujer que no pagaste mi rescate por no ser inmoral, ten mucho cuidado con lo que dices!

LUISA.—Cuidado, ¿de qué?

ALICIA.—De la mentira. Mi padre la noche última escapó de aquí con los bolsillos llenos de alhajas. Iba a suplicar al raptor que las aceptase, porque el dinero se lo negaban en los bancos advertidos por la Policía. Cuando llegó al sitio de la cita lo vió lleno de policías y comprendió que nada le quedaba por hacer. Sólo entonces se dió por vencido.

LUISA.—Sabes mucho.

ALICIA.—Después de todo, tenía algún derecho. Comprendo que no te parezca muy bien, pero qué quieres, yo como mujer soy curiosa.

LUISA.—¿Y si yo lo fuese también?

ALICIA.—¿Puedo ayudarte a satisfacer tu curiosidad?

LUISA.—¿Qué mentira le contaste para enajenar su voluntad?

ALICIA.—(*Abstrayéndose otra vez.*) No fué una. Le conté muchas. Le dije que un seto no es una muralla, sino un verde compañero de viajes que conoce todos los caminos de un mundo grande y sonriente. Le dije que escribir poesías no era un pecado, que reír no era un delito.... Es verdad, le dije mil mentiras.

LUISA.—Déjate de palabras. Tú sabes lo que pregunto. Contéstame: ¿qué le dijiste?

ALICIA.—¿De verdad quieres saberlo?

LUISA.—Necesito saberlo.

ALICIA.—Pues bien; le dije que le quería. (*Una pausa.* LUISA, *vencida, llora, apoyada en un sillón.*) Ya ves si eres afortunada. Hasta lágrimas tienes. Yo no consigo llorar por él.

LUISA.—¿Cómo habías de llorarle si le mataste tú?

ALICIA.—No es por eso por lo que no lloro. No lloro porque comprendí que, en este mundo sucio, sólo la muerte me lo entregaba totalmente. Me voy con él. Me voy esta noche. Vamos a recorrer el mundo juntos. Los años pasarán y él seguirá atado a esa edad que tenía al salir hacia la guerra. El seguirá con sus cuarenta y cuatro años y, mientras, yo iré creciendo. Lo igualaré primero; lo pasaré más tarde, hasta llegar a envejecer. Podré así gustar de todos los ángulos del amor. Primero su hija, luego su hermana, al final seré yo la madre.

LUISA.—¡Calla! Estás loca.

ALICIA.—No tendrás que oírme mucho. Ya te dije: me voy ahora.

LUISA.—¿Ahora? ¿Sin esperar siquiera los funerales de tu padre? ¿Para que las gentes den mil interpretaciones hirientes a tu ausencia? ¿No podrías, por él, por su memoria, por mí ya sé que no, esperar unos pocos días?

ALICIA.—Precisamente por él me voy ahora mismo. Basta ya de guardar apariencias, basta ya de mentiras.

LUISA.—(*Reaccionando violentamente, viendo que su súplica es inútil.*) Acaso tengas razón. Sí, haces bien en irte. Tú nunca podrás parar en ninguna casa. Tú cambiarás siempre de techo. Nunca tendrás ami-

gos. Tu sitio está con los vagabundos, con las gentes sin casta, porque tú no estás hecha para convivir con las personas decentes.

(*Ha entrado el* PADRE MIGUEL, *que se da cuenta de la situación. Con esfuerzo trata de hacerse notar.*)

PADRE MIGUEL.—Perdón. Quizá interrumpo.
LUISA.—No. Todo estaba dicho ya. No creo que nada tengamos que añadir.

(*Mutis rápido.*)

ALICIA.—¿Está el coche?
PADRE MIGUEL.—Sí. Pero no se preocupe. Haga con tranquilidad su equipaje.
ALICIA.—Mi equipaje será ligero.

(*Vase.*)

PADRE MIGUEL.—(*Al teléfono después de marcar un número.*) ¿Es la Rectoría? Sí, soy yo. Haga el favor de preparar la habitación de huéspedes. Esta noche tenemos un invitado. ¿Qué? Sí. Creo que sólo por una noche. Hasta luego. (*Cuelga el teléfono. En seguida sale* ALICIA *con abrigo y un pequeño bolso de viaje.*) ¿Sólo eso?
ALICIA.—Sólo, Padre. Los vagabundos, las gentes que van lejos, muy lejos, suelen llevar poco equipaje.

(*Hace mutis rápidamente con el* PADRE MIGUEL, *mientras cae el*

TELÓN

8 PESETAS